

De mi padre me congratula tener constancia de la buena acogida de los lectores al trabajo dedicado a su memoria en el libro anterior, como obra sentida.

Podría agregar muchos detalles pero por hoy bastan un par de ellos muy característicos; que nunca usó reloj ni le hizo falta, habiendo pasado la mayor parte de su vida en el campo y sólo. En mi casa tampoco le hubo jamás. Yo me acostumbré pero sin su conocimiento de los luceros y constelaciones y no he usado más reloj que uno que le compré a Casitas de muchacho, en treinta pesetas, pagaderas a plazos de 5 pesetas mensuales, juntadas con lo que me daban los domingos de mi trabajo.

Mi padre se levantaba todas las madrugadas a ver la hora y lo que hacía el tiempo y a su tío Tomás Borrego, le he visto yo, cuando tenía mis años de ahora, a las tres de la mañana, en medio del Arenal, en calzoncillos y descalzo, con el mismo fin en cualquier estación del año.

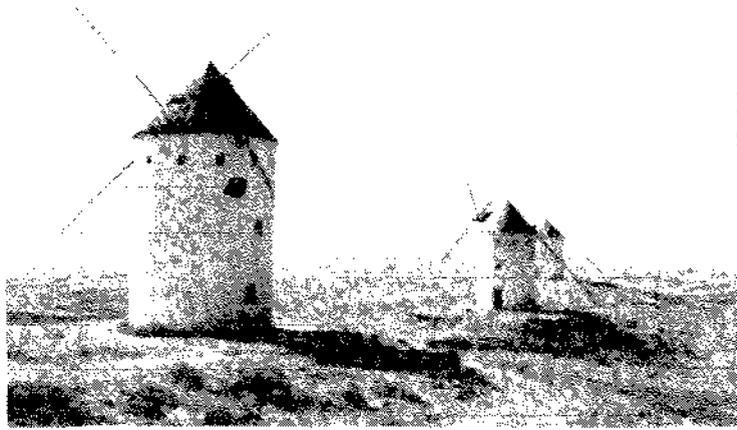
Pertenecía mi padre a un grupo de gañanes de provecho, como Melenas, el Cadáver, el Jarillo, mis propios abuelos, el Orejón, Bocera, etc., que conocían al dedillo la posición de los astros y constelaciones en el espacio, aunque algunos, como el hermano Tomás, no se conformaban con asomarse a la ventana o a la puerta y salían en medio del Arenal, que era como el campo para no quedarse con dudas de lo que veían. Y en las mismas quinterías salían a los ejidos de las casas.

Estos hombres, cuanto más metidos en el trabajo estaban, menos fumaban. A mi padre no le ví de fumar nunca, ni a los Borregos, Melenas y similares. Y no se aburrían en la soledad de las quinterías, con la tranca puesta y haciendo pleita al amor de la lumbre y con el candil encendido, mientras se cocía el mojete y después un buen rato hasta que les entraba sueño y se tendían hasta pintar el día que echaban el primer pienso con vistas a la nueva faena. Con esta pleita el gañán se hacía los suelos de su carro y abrigaba su casa durante los inviernos.

LOS MOLINOS DEL CERRO DE SAN ANTON DE ALCAZAR DE SAN JUAN

Los tres con evidentes señales de violación, con las puertas de entrada al mediodía como es corriente en estas construcciones y el primero con el timón tronchado como le pasó al propio D. Quijote.

Aristides los contempla, se mira a sí mismo en ellos y le entristece el quebranto de las batallas desiguales, de las empresas disparatadas, de las alucinaciones deslumbrantes, pero sigue en el camino de los heroísmos para tener a raya a los gigantes de la leyenda caballeresca y frenar las locuras en los propios llanos de la sensatez.



Carta abierta al doctor Mazuecos

Desde que comencé mi modesta colaboración gráfica en sus libros, abrigué la idea que ahora convierto en realidad, de dedicarle unas líneas de reconocimiento a esa parte de su vida que ha dedicado y sigue dedicando sin regatear muchas horas de trabajo y desvelos, materializando su obra de escritor en la que nos ha dado a conocer facetas, anécdotas y vivencias de hechos acaecidos en nuestro pueblo y de los que ha participado directa o indirectamente.

Me figuro, que en ocasiones, su trabajo no ha tenido ese calor humano y partícipe que merece una obra de esta embergadura. Yo también en mi larga vida profesional recorriendo de Norte a Sur y de Este a Oeste nuestro país he padecido la parte negativa de los humanos en cuanto a la correspondencia que todos necesitamos en algunos momentos de nuestro trabajo.

Por contra, tengo que señalar otras ocasiones cuando he enseñado los libros fuera de nuestra Mancha, las alabanzas hacia ellos me han detenido a meditar sino le habremos abandonado algo en su trabajo dándole nuestro aliento y cooperación para facilitarle la consecución de su tarea y que esa identificación de sus paisanos fuese el merecido apoyo.

La generosidad y la bondad son cualidades juntas a la amistad, que siempre me han impresionado y ahora, al conocerle algo más y haber podido compartir momentos de mi vida, ha sido de gran satisfacción para el autor de esta carta que le recordará con cariño.

ARISTIDES

Noviembre de 1.986

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

P O R

RAFAEL MAZUECOS

San Marcos
Abril de 1987

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

LIBRO LVIII

Punto y seguido

INDICE

Portada	Libro 58
Contraportada 1.ª	Carta abierta
Página 1	Punto y seguido
Página 2	¡Adiós hermosa!
Página 4	Curas en el Sarto
Página 9	Enigmas de la plaza
Página 14	¿Se va el exprés de Sevilla?
Página 17	Sonando por los jardines del paraíso perdido
Página 20	Sueña el timbre del Casino pulsado por Amalancio
Página 21	Acróstico
Página 22	Memoranza histórica
Página 23	El pregón y el pregonero
Página 26	El Corral de Cañizares
Página 28	Evolución de las calles céntricas
Página 31	Cartas a D. Rafael
Contraportada 2.ª	Artes y oficios cambiados

Se inicia el año 1.987 con la publicación del libro 58 donde se han incluido varios trabajos residuarios del año 1.986 con la esperanza de que se conserven mejor en los libros que en los periódicos y sirvan en el futuro para aclarar pequeñas dudas o puntualizar algunos extremos de la vida alcazareña de nuestro tiempo que se hayan olvidado y dejen defectuosa la pública información, como puede ser ejemplo todo lo referente a la plaza, los sitios, los paseos, de la estación, de las monjas o del cementerio. O bien tipos y costumbres pasados. Retrocesos y adelantos comerciales e industriales, diversiones y apetencias de la multitud, oficios desaparecidos, etc., etc.

Todo ello puede tener indicaciones concretas en momentos determinados y si se dan tales coincidencias será siempre la mayor satisfacción de estas modestas aportaciones a la vida local y a su mejor empleo.

¡Adiós hermosa!

Oigo crujir los goznes de mi cliniqueja, tan curreta, tan suficiente, tan preocupada del bienestar alcazareño, tan pobre pero tan aseada, como decía Giner del escolar, cada día más pobre pero con la camisa más limpia y aunque se comiera cocido, cada cosa en su plato sin que faltara la corrección nunca.

No sé quién metería a Primo de Rivera en la danza de las casas de socorro, pero él fue quien dispuso su creación y el Ayuntamiento se vió de pronto sin dinero y con la obligación. Y por eso fue tan deficiente el servicio en todas partes y lo sigue siendo.

Me habló Paco Paniagua y quedamos en cambiar impresiones al día siguiente tratando de buscar alguna solución, pero no habiendo ninguna clase de recursos, no se podía pensar más que en el sacrificio de alguien y yo le ofrecí mi casa, mis escasos medios y mis grandes ganas de trabajar con las que se fue ensanchando el camino.

No le concedo a nadie ventaja en haber gozado como yo entre cuatro paredes y rodeado de enfermos anhelantes, sin mezclar el miserable dinero ni el aspid de la maligna intención, tan difundida y masiva en los medios empobrecidos.

Por entonces se creó en Alcázar un ambiente de colaboración y aportaciones tan extraordinario, que parecía que las obras públicas se realizaban solas, porque cada vecino aportaba algo más de lo que podía con la idea de que las obras sirvieran y el Ayuntamiento no tuviera que gastar en los servicios públicos bien atendidos.

Con ese espíritu se hicieron obras importantes y una de ellas, tal vez la de mayor difusión y alcance fue la casa de Socorro, con objeto de que las obras sirvieran y el Ayuntamiento no tuviera que gastar ni un céntimo en vivienda, material sanitario, luz, agua y limpieza y sin que en cuarenta años dejara de atenderse ni un solo caso de necesidad a cualquier hora y todos los días del año. Por el contrario, lo que pasó fue que todas las beneficencias de la comarca se incorporaron a la nueva institución y se favorecieron mutuamente, con una utilidad manifiesta en cada pueblo.

Aunque con una gran equiparación, Paco presagiaba y lo dijo a voces en el paseo que yo querría que me pagaran la Clínica y agregó: Pues se la pagamos, y si trabaja bien ¿qué importa?

Su sorpresa fue cuando una sola persona bastó para levantarse con las necesidades de toda la comarca y sin grabar a nadie en un sólo céntimo, porque la gente me seguía con fidelidad.

Cuantos cientos de miles de casos consignados y más de otros tantos sin nombrar por no haberles dado importancia clínica, pero que formaron un volumen ingente difícil de soportar, donde nunca se cerró la puerta a nadie ni se le preguntó más que lo que necesitaba.

¡Adiós!, adorada ilusión de una larga vida.

Qué vida tan bella ocupada de continuo junto a las madres alcazareñas en hallar remedio a sus dolencias propias o a las de sus hijos.

¡Oh! Alcázar, Alcázar ¡Cuántos pecadillos tienes a tu espalda y que difícil eres en tu convivencia filial!

Curas en el Santo

Desde que se exhumaron los restos del cementerio del Santo en los buenos tiempos de Estrella, no se han vuelto a ver más curas por allí, que al que acompañaba la procesión el día de San Sebastián.

Ahora se dice, sin embargo, que se va a hacer una iglesia con este nombre y dando al Norte por el fondo para preservarla del cierzo en el mal tiempo y que les de el Sol de cara, frente al Arenal, a los concurrentes al casinillo. Esta puerta puede ser de un estilo o de otro o sin ningún estilo, pero pronto será popular, a pesar de no estar Gregorio, el ciego, que hubiera hecho una gran pareja con el rubicundo Don Francisco, que ya es párroco del nuevo templo.

No es aquel barrio de curas, como lo es, sin embargo, Santa María o San Francisco, pero los que hubo estuvieron siempre bien encajados, como Juan Tello y Polonio Mínguez, muchachos de la Cruz Verde y de los contornos del Arenal y del Santo.

El Santo y la Cruz Verde es tierra de picapedreros, como Santa María lugar de gañanes y San Francisco barrio de pastores, porque no es casualidad, que según el medio, dentro de la misma localidad, se den en mayor o menor grado las inclinaciones religiosas que con el tiempo y el uso se van consagrando poco a poco.

Juan Tello ligeramente más esbelto que Paco Sierra, era el más inquieto y fortachón, que les metía los puños en los ijares a los que jugaban con él y los expelía por un lado contra el suelo como un trapo viejo. Tenía trazas de orangután y un aire feroz de recogerse la sotana, jugar a las bolas y tirar la reja. No demasiado hombre pero sí bien aprovechado en todas sus partes, como Juan Pablo el de la Cruz Verde, donde también por cierto vivían algunos Monos, como por el Santo otros. Lo fornido de Juan Tello a quien Cristóbal hizo respetuoso en el Paseo llevándose a comer a su casa, dio lugar a que se suavizaran tanto sus maneras que ya de mayor no se atrevía a tirar cantos como lo hacía continuamente contra los perros y los que le tiraban a él con honda.

Vivía por dentro de la calle Torres, frente a la huerta de los frailes Trinitarios y siempre salía rozando la tienda de la Encarnación y con el manteo recogido como de sobrarle fuerza, sin pereza. La gente le trataba con gran confianza y él a la gente igual, informándose de sus respectivas obligaciones, para luego irse a jugar sin ningún reparo, aunque se le notó mucho la pérdida de brío con tener que ir a comer a las casas por compromiso y honestidad de las ropas talares.

Murió joven en un pueblo minero completamente adaptado a sus funcio-

nes sacerdotales y rodeado del cariño de sus feligreses, pero de haber vivido de viejo en Alcázar hubiera tenido una gran personalidad y una simpatía arrolladora, precisamente por su ingenuidad y llaneza.

Tello y Mínguez vivían frente por frente en la calle Torres, un poco más abajo de la portaila de Jesús Lucas y de unos villafranqueros, Pablo Ramos y Gil, todos muy saludables, pero Mínguez, sobre todo el padre y el cura, tenían una voz carraspeante, aspera y poco clara que les hacía de no fumar a ninguno y llevar siempre espartos o pajillas, en la boca, temerosos todos de que la ronquereja se arrancara por derecho y yo no se si el cura se saldría con ella, porque murió joven y fuera, tal vez como Don Tomás Tapia.



En nuestro libro primero figura esta fotografía de Juan Tello. Qué bien si hubiéramos tenido otra de Polonio Mínguez, pero no la tenemos ni parece probable que exista, pues de su casa sólo recuerdo haber visto una de su padre y otra de su madre hace muchísimo tiempo y dudo si estarán en mi poder por cualquier rincón, aunque les recuerdo perfectamente. Polonio era más delgado que todos los de su casa y que Tello, ligeramente más espigado y de menor fortaleza. Entrecano desde muy joven denotaba un envejecimiento precoz que se acentuaba con su carraspeante voz y escasas facultades físicas mal disimuladas con la sotana, la capa y el sombrero de teja. Todos los Mínguez fueron más bajos que sus padres, porque las mujeres, a las que salían lo eran, sobre todo la de Miguel que era más reponuda, aunque la de Desiderio, más alta, no le iba en zaga y Santiago, por ejemplo, que luego fue maquinista, se parecía a los tranquilones, también treneros.

Todas estas portailas de las calles estrechas que tantos matrimonios hacen en los pueblos, fueron la causa del de Pablo Ramos con la Enriqueta Vela, y de que ya pasaran su vida en el mismo barrio y de que cierta noche saliera una moceja a verme por entre cortinas de pajarillos.

A todos me complace dedicar este recuerdo tan sentido que les hubiera dedicado también en vida, porque todo el mundo estaba en el ajo y deseoso de que se cociera como Dios manda y no cabe duda que los curas en el Santo lo hubieran preparado al pelo, ya que los nombrados no hubieran tenido sustitutos posibles en ningún caso y el barrio hubiera estado poblado de curas a partir de su enlace con los del cementerio.

Desde aquella fecha se han ido sucediendo en la casa que vivía Mínguez, única de la cerca y pegando a la de Escalona, una serie de vecinos a cual más estimados para mí.

Cuando yo iba a la escuela con Polonio, la ocupaba su padre, por entonces sereno y colchonero. Después Felipe Cencerrado, maquinista y yerno de Cándido el zapatero, tío de Don Magdaleno, Alcañiz por lo tanto. Después otro pájaro, Acisclo Cárdenas, que fue yerno del Galgo de la Carrasola y al enviudar se casó de segundas con la mayor de la Isabel la Peluza, Joaquina, como su abuela, que falleció hace poco, personas todas de la mayor confianza y buenas a carta cabal. Y no se de quien sería esta casa solitaria que podía pertenecer a cualquiera de los que la habitaron o ser de los frailes mismos, frente a la de Paco Sierra con Tello dentro y a la de Manolo Cañizares con su gran lunar de toda la barbilla.

Desecado el Arenal se hizo un carril de carros rodeando la placeta que se construyó en el centro con plantación de árboles y un pozo a un lado para regarlos y una estrella de hierro como veleta y distinción a Eulogio por sus aciertos en todas las obras del barrio de su nacimiento.

Esta apertura del Arenal con tan claro sol, tantísima gente, tanta música y tantísimo zurra, era un homenaje manifiesto para Estrella, pero perfectamente silenciado para que la envidia no lo malograra, con dos tinos de veinte arrobas cada uno, hechos con media pipa grande serrándola por la mitad y arreglados por Antonio Calcillas, situados al pie de la escalerilla para subir a la glorieta, entre la tienda de Francisco Morales y la portada del hermano Tomás Borrego, con José Pistaño y Verruga braceando y repartiendo vasos entre el pozo y la glorieta con la estrella de hierro en lo alto como veleta rodeado de sus incontables amigos, Fulgencio Pozo, Marcelo Pirralda, Lázaro Lagos, Luis Sierra, Juan Leal, y algunos otros de la zapatería del cojo o de la carpintería del Rulo.

Que tarde de sol la de la inauguración de la glorieta del Arenal, no como homenaje a nadie, sino como la cruz o la bandera que se le pone a la obra cuando se le acaba de tejar y lo celebran con una merienda fuerte y todo gratuitamente, a cargo del propietario como estímulo para rematarla con brío y felicidad.

Ignoro donde piensan fijar la Iglesia nueva, pero yo hablo por lo que parece lógico y natural, que el Santuario esté en la cúspide del Santo, a la vista de todos y con la rectitud como bandera desplazada para todos, o sea en lo alto del cerrete del Santo o en las mismas esquinas de la calle no de la Estrella, sino Eulogio Sánchez-Mateos Palomares o Estrellita en toda su juventud y Estrella de viejo, por la cicatriz de forma estrellada que le dejó en la frente un disparo casual de la escopeta de su primo Pedro Félix Malagueña, que se le disparó estando en la cámara preparando una cacería. Estaba muy bien el mote, aunque en toda esa calle se vea la estrella del Norte, sin que tenga nada que ver lo uno con lo otro o la causa con el efecto que fue de muy buena estrella para Eulogio.

Podrían haber querido competir con él Tizonos por lo del molino del aceite o Virgencita por la casa contigua; o bien Ambrosio Correas más abajo, pero era indudable que el emblema era de Eulogio y que él era el que había trabajado el Santo toda su vida, subiendo por los callejones de la calle de Toledo de una corrida y muchas veces desde la casa donde nació y posteriormente convirtiéndose en el reformador innegable de todo lo del Santo, poniéndolo en comunicación franca y fácil con todo lo de la plaza.

Es una lástima no poder consultar con Estrella tan importante menester, pero yo estoy seguro de que no hallaría dificultades para darnos idea de un templo vetusto, renegrido y arrugado como él, situado en el altillo Soria y lleno de rincones confortables por entre los cuales bajaba la tía Marcelina la Morciillera todas las mañanas a los frailes, lugar resguardado de todos los aires y adecuado para todas las labores domésticas, como las de zurcir, murmurar y prolongar los rezos de cada día.

Es muy posible que la capilla del Santo, San Sebastián, la hubiera reservado para este en su día por necesitarse mucho espacio para una gran hoguera, pero también es seguro que el Cristo que hubo en la fachada de Dionisio Beamud gozaría de mucho mayor espacio en la nueva construcción, aunque tal vez no mayor vistosidad.

Cualquiera que se ponga en la puerta de la Ricarda Peñuela alcanzando el rincón de la calle del Crudo y la acera de Vega abrazada por la tienda del Cuco, verá un monumento aglomerado, lleno de menudencias graciosas como figuras de Belén, numerosos entrantes y salientes como de casas de muñecas y recovecos numerosos, líneas quebradas que enfrentadas con las personas que les abrazan y hacen tortuosa su marcha a los viandantes en un extenso grupo de calles porque no hay ninguna derecha.

El Altillo es la única calle alcazareña que da la sensación de subida a insignificante sierra, cosa que se pierde en la del Santo por su amplitud y todavía se recuerdan las carreras dadas desde la calle al Arenal, lo mismo subiendo que bajando, de modo parecido a La Fuente el Fresno y otros pueblos análogos. No le faltaba más que una fuente en la cuesta cuando Canana estaba todavía con su padre y nos hacía partidores con sus hermanos para mondar piñones en la Pascua.

El Altillo es sitio de iglesia de pueblo y es lamentable que no tuvieran esa idea los que lo trazaron, porque irregular ya lo hicieron y hubiera quedado la iglesia apartada de todo ruido pero metida en el corazón del barrio y al paso de todos los transcurtos que acortan los terrenos, que están hablando con Luis Sierra frente a la lonja de la Encarnación y de pronto aparecen por cualquier punto del Santo en los corrillos mañaneros de vecinos que abren las puertas y miran la cara del nuevo día.

El Cura irrumpe en el silencio con los ruidos que retumban en la oquedad de la iglesia al colocar los asientos para recibir a los fieles y la gente cruza por uno y otro lado dando vuelta a la manzana del tío Garrancho y sus rincones, de los que sería el más notable el de la iglesia reciente.

La manzana del tío Garrancho estaba formada por las calles de Machero, Urosas, Santo, Crudo, Altillo, lugar de la iglesia con orientación saliente-mediodía y calle de Madrid que cierra el circuito.

El tío Garrancho, abuelo de mi amigo Reyes Cateto, el hombre de la Vidala de Candelos y la Venancia que tenía la portada en la que tomaba el fresco enfrente de la de las Monas sentado en una silla baja que le dejaba la potra descansando en el suelo, por lo que los quintos le sacaron aquel cantar que decía:

“ La potra del tío Garrancho,
la han llevado a la estación;
y el señor jefe le ha dicho
que no coge en un vagón.”

Garrancho era del grupo de los Estrellas, pero de diferente constitución, rechoncho, gordo y poco aficionado a la caza.

De los demás fue modelo Estrella, un garabato de incontables dobleces revestido por un gabán tan holgado que parecía sin contenido, sombrero volandero, renegrido y arrugado con grandes botas de paño negro abrochadas con hebillas endebles del mismo color y la garrota de contínuo uso como si le fuera imprescindible su asidero.

La iglesia podía tener su entrada por el esquinazo de Fernando Huertas, la puerta más abajo de Serapio Vaquero, (saltándose la caseja de la hija del mayor de los Malagueñas) modelando el estrecho con la casa de Malagueña y encajando la corriente por el Altillo abajo como se ha visto siempre. Cerca de la iglesia, como complemento de la obra, estaría muy bien un pequeño colegio de monjas para niñas de grandes aspiraciones. Nada favorecería tanto ese barrio ni alegraría más el Altillo abriéndole las puertas al porvenir.

El Altillo era lugar de tránsito frecuente para Eulogio, desde los amaneceres que iba a entrarles el “deo” a las tinajas antes de bajarse a la plaza, hasta el cubreluz que iba a ver si había ocurrido algo, todo el día estaba que voy que vengo en estrecha relación con la vecindad, aunque más con Eusebio el Porrero, los Malagueñas y el hombre de la María Engracia, tenaces persecutores de las liebres de la Vega Ocaña y tenían llenas de pellicas las paredes de la casa como la bodega de Benito.

Enigmas de la plaza

Me place sobremanera departir sobre nuestras cosas con D. Manuel Rubio Herguido, por lo bien que se documenta y el interés con que lo defiende.

Yo le conozco a través de su madre que le llamaba Manolo y yo le decía: que venga Manolo, cuando le iba a pinchar y él estaba enredando alrededor del yunque o martilleando y puede ser que, sin él saberlo, forjara una de sus cualidades sobresalientes con aquel ejercicio. Formaban una familia de temperamentos muy sosegados y trabajadores, sin dejarlo. El padre con una pelambre entre natural y postiza, poco explicable de colorido, como enmohecido y la madre, también rubia, clara y fina que la hermoseaba especialmente entre la tizne de una fragua de pueblo que nunca es lugar de pulcritud.

De aquella época guardo especial recuerdo por otros miembros de la familia que entonces no conocía y el curso de los años me permitieron venturosos cumplimientos de mis obligaciones, pero de Manolo no he vuelto a saber nada, afortunadamente para él, hasta leer sus trabajos que, la verdad sea dicha, siempre me han llamado la atención en este campo tan poco fecundo y ahora, mirando la fotografía de la plaza que figura en el libro 57 he recordado algunas de nuestras discrepancias que, si desaparecieran, aclararían la verdad dejándola firme para siempre, aunque yo creo que esa pequeña inseguridad de su posición se debe a no haber conocido por sí mismo las cosas o haberlas olvidado inexplicablemente.

Veamos algunos detalles.

Lugar de emplazamiento de las pasaeras al pie del Arco. Pues bien ahí están tal como eran desde la esquina de José Carreño, padre de la Marina, hasta la esquina de la Alcaldía, donde pusieron ultimamente un urinario de estilo madrileño cuya evacuación y final se ignoran. Las piedras de las pasaeras eran como de 30 o 40 centímetros de altas y un espacio como de media vara entre cada dos. Estas condiciones se fueron modificando algo a consecuencia del hundimiento de las piedras en el suelo mojado, originándose la comba que hace la línea de las piedras en el centro de la corriente.

Pues nada, hijo mío, que la fotografía no miente ni se equivoca y esas son las pasaeras y ese es el lugar donde estuvieron emplazadas para su mejor servicio.

Respecto del amurallamiento del Palacio y sus contornos, nos ofrece esta misma fotografía ciertos detalles que conviene puntualizar por acreditar que este edificio era uno de los torreones de la muralla, acondicionado posteriormente para Ayuntamiento.



La fotografía que, hasta ahora, insistamos, no modifica ni confunde los elementos que comprende, nos muestra el Ayuntamiento tal como lo dejó Castillo al cambiarle la entrada de la fachada Norte a la del Mediodía, conservándose la torre o torreón en la fachada del Norte y ahí está la pirámide cuadrangular con sus tres fachadas pegadizas y la del Norte natural. La del Norte o principal, lisa y enteriza, formada por esa cara del torreón hasta el reloj y los hastiales de los agregados de saliente y poniente, cuya piedra arenisca se adhiere a las dos esquinas del torreón en toda su altura, sin más relieves que el del airoso balconcillo que había sobre la puerta del cuarto del peso y la reja de forja multiforme y raméada que constituía caprichoso adorno. Todo ello sobre una enorme roca muy sospechosa de relación y servidumbre con las cuevas que nadie recordaba, que no es que no existieran.

Y el torreón no en medio sino integrado en el lado norte, porque lo demás se le incorporaría mucho después por necesidades de los papeleos y su archivo.

La fachada resultante de unir la cara anterior del torreón con los hastiales de cerrar los arcos de los portales de la planta baja y el vano de arriba al convertirlo en habitaciones, galería central en la desembocadura de la escalera imperial, salón de sesiones y dependencias de la izquierda, dejó la fachada norte sencilla y airosa con el reloj iluminando toda la plaza y el arroyo, quedando la construcción como un camello con la carga en los riñones, que es lo que cambió Castillo.

Detalle muy digno de mención y apreciable en todas las fotografías publicadas, es la poca altura y la forma achatada de la torre municipal, como que no es torre, con su esbeltez, sino un torreón, una fortaleza defensiva. Y esto a pesar de la montera de zinc que le aumenta una planta.

Vistos desde el campo o desde cualquier punto que sean visibles los dos torreones al mismo tiempo, eliminando con el pensamiento la cubierta del reloj, se ve más bajo el torreón del Ayuntamiento que el de Santa María, porque lo era en realidad confirmando la finalidad primitiva de cada uno de ellos, de visibilidad en el primero y de menos alcance y más fortaleza en el segundo que se convirtió en Ayuntamiento.

En esta fotografía se ve todo claro y el conocedor ve hasta lo que queda oculto por la superposición de imágenes, deduciendo exactamente el estado de cada cosa que conoce y podría dibujar, aunque a Heliodoro se le diera mal dibujar el Arco que conocía como su casa, sobre ser él aficionado desenvuelto en los pinceles y en el tiralíneas.

Visto desde el casino, hasta parece que el torreón está junto a la fachada, pero formando cuerpo independiente. Y así es aunque esté unido en la obra, pero es independiente y soporte de toda la construcción, de su propia argamasa y de la que fueron agregando cuando hizo falta.

La fotografía que hasta ahora, volvemos a decir, no modifica nunca los elementos que comprende, nos muestra el Ayuntamiento tal como lo dejó Castillo al cambiarle la entrada de la fachada norte a la del mediodía, conservándose la torre o torreón en la fachada norte. Y ahí está la pirámide cuadrangular con sus tres fachadas, saliente, poniente y mediodía de agregados para hacer oficinas y la fachada norte con su torre como elemento principal hasta por encima del reloj y sobre su solera el sombrero o montera con que fue cubierto el torreón para protegerle de las lluvias, montera de zinc que tantas veces se vió de reparar como la profusa armadura de madera que la sostenía, pero obsérvese que los tres tejados de la pirámide, de forma de triángulos isósceles, forman pico por debajo del reloj, independientes de él, pues el torreón queda solo, separado y airoso, sin ningún elemento que enmascare su carácter de fachada principal, eje o sostén del edificio que fue incorporando a él los agregados, es decir que el torreón no sale por el centro del edificio como eje entre los tejados, sino que queda a un lado en su sitio como fachada principal de orientación norte a la que se fueron agregando los demás elementos apreciables en el primer término de la fotografía.

Es así mismo evidente que esta torre de la muralla, la más distante en línea recta desde Palacio, quebró en este edificio la línea recta para ir a buscar la Torrecilla y la torre del Cid por terrenos del mediodía. El Sr. Rubio Herguido ha tenido la oportunidad que nadie para estar viendo la Torrecilla desde su casa que ha ocupado de mayor, en el rincón de la placeta de la Justa, aunque puede ocurrir, como es habitual, que no la mirara siquiera y no la

viera e incluso que no supiera de qué se trataba, como le sucede a cualquier vecino con las cosas más notables de su calle, que se le preguntan y resulta que no las había visto. Y yo estoy seguro que hay muchos en Alcázar que no saben donde está el Cristo del Amparo, estando desnudo y a la intemperie. Y de otras cosas menos significativas hay sorpresas de esas a montones, incluso con los vecinos no solo de la calle, sino de la misma casa. Y Manolo habrá dado miles de veces la vuelta a la esquina del Cadáver sin mirar a la acera de enfrente. En cambio los vecinos viejos, como mi abuelo Juan Pedro lo decían siempre que vivían en la Torrecilla, sin mencionar apenas la Puerta Cervera. Todo esto confirma lo que venimos hablando ya tiempo de la alineación de esta fachada norte con el arroyo y el camino de Herencia desde el torreón de Santa María y el del cementerio de San Juan, de los que es continuación.

Todos los demás elementos de la fotografía están como se ha referido muchas veces y exactos, pero Santa Quiteria ofrece ya desniveles del sitio por donde ha de reventar y tal vez se hubieran caído ya algunas piedras de las que el Ayuntamiento iba acumulando en el boquete para que no pasaran carros por si el retemblor hacía hundirse el edificio.

Me he lamentado muchas veces de que no se hayan aprovechado las diferentes obras para descubrir los cimientos de la muralla sin molestar a nadie, porque están ahí con toda seguridad. Ni una piedra debería moverse sin tener en cuenta esa probabilidad en todos los puntos de aquel barrio.

El hallazgo, descubrimiento y estudio de toda la cimentación de la muralla, aclararía con toda seguridad muchos problemas del Alcázar de la antigüedad y nos aficionaría al estudio de otros restantes.

Los infinitos observadores que han pasado gran parte de su vida mirando al reloj y a la puerta del cuarto del peso desde la esquina de la fuente, recordarán que las piedras del torreoncillo diferían en su color y en su labra de la arenisca rojiza, común en nuestros edificios. La piedra de este torreón era más clara de color y más firme de consistencia que la del resto del edificio, comida por el salitre como en los demás edificios del pueblo, pero en el torreón no, como se veía a simple vista desde en mitad de la plaza.

En realidad Castillo no cambió la entrada del Ayuntamiento, sino que hizo un edificio monumental de doble planta comunicado por la plaza de la Constitución y suficiente para el alojamiento de la Justicia Municipal de su tiempo, dejando la torre al camino como emblema de autoridad y gobierno de la correeduría, dándole la gente a sus bajos, en virtud de su función, el nombre de cuarto del peso, donde no solamente se contrastaban los pesos y medidas, sino que los trajinantes encontraban protección para sus artículos, como aquella vez que estaba el tío Sanchón sentado a la mesa y llegó un campesino con una carga de habas para que se las guardaran y no tener que traerlas al día siguiente.

—Déjalas ahí, le contestó Sanchón.

Este gran soldado alcazareño es aquel que salvó la vida al General Prim llevándole a cuestas mientras la batalla cuando le mataron el caballo y al ofrecerle una recompensa le pidió ración doble de comida y la disfrutó durante el resto de su servicio.

Al irse el campesino le dió gana a Sanchón de probar las habas y poco a poco dió fin de la carga.

Al día siguiente no fue al servicio por notar la barriga un poco inflada, pero el campesino encontró el suelo bien barrido.

El Ayuntamiento monumental destacó mucho siempre en el centro de la plaza por su aislamiento sensacional y su respetuosa austeridad.

De no estar la torre hecha mucho antes, nunca se le hubiera puesto al Ayuntamiento y menos por Castillo, republicano de la Gloriosa y rotulador de muchas calles alcazareñas que se recuerdan y perduran, como Progreso (placeta del), Moral, Barco, Alcolea, Victoria, Marina, Arjona, Aduana, calles todas del barrio de Castillo, del de Santiaguillo y del castelariño Enrique Puebla, rechoncho y bigotudo, que fue corneta de batallón de aquellas gestas bienhechoras y en cuanto a las calles, casi todas con nombre de origen marinerero, no necesitan más que los retratos para una identificación absoluta, aunque la tienen de por sí.

SUCEDIDO POSTAL

Era corriente que el Pastor Poeta le escribiera a Frasco sin más dirección que la de citar en el sobre alguna de sus cualidades relevantes, de las que tenemos publicadas más de cuatro.

En la última de esas ocasiones apareció en la cartería de Alcázar una carta que, como todas, llegó a su destinatario puntualmente y recuerda el cartero Oliver, con la siguiente dirección.

“Cartero:

De tu inteligencia espero,
que esta carta que yo escribo,
vaya a manos de mi amigo.
Razones no han de faltar,
si preguntas con afán,
quién es quien caza mejor,
en Alcázar de San Juan.

¿Se va el exprés de Sevilla?

Se reproduce este trabajo del FERROCARRIL quitando las erratas percibidas, empezando por las del título que son bien estensibles en relación con el contenido.

Todos los ruidos de la estación les son familiares a los alcazareños y son puntualizados y comentados desde la cama por los estacionistas: entre ellos han destacado siempre los del exprés de Sevilla por su hora de llegada, a la de levantarse, por su infernal balumba, por sus hufidos, por su silbato ronco y profundo, por sus cadenazos y portazos de la puerta de la caja de fuegos, por el arrastrar de la pala sobre el piso del tender y el martillear sobre el carbón inglés recién regado. Y por los preparativos de Don Mariano Rico en el andén donde debía entrar y salir a los cinco minutos justos, nada menos, pero ningún tren tan importante, el mejor de toda la red de M. Z. A., el transportador de todo el señorío y la riqueza de Andalucía, salvo la parte predominante que sale por el mar o se consume en el propio lugar de producción. Y ninguno tan clásico como el exprés de Sevilla que avanza fatigoso, frenado y ronco para estacionarse ante Don Mariano dejándole el coche restaurante en el mismo vientre, al cual era tan fiel que, una vez parado, se retiraba tranquilo a su despacho, siguiéndole con la mente el fuerte silbato y tenso rodar del tren al tomar el desmonte de Piédrola, donde ya, la unidad móvil, pasa al dominio de la estación siguiente y, como en todas, con la mayor atención del personal de servicio estimulado constantemente por el celo de Don Mariano que era de Tembleque y posadero como consta.

Que tren tan señor y tan cumplido, coloreado de oro viejo. Ahora creen que se le han quedado chicos los zapatos y tratan de ponerle zancos para que los dome en otros derroteros.

No es que yo considere la obra ya realizada o al menos ineludible su ejecución, pero alguna vez puede cuajar total o parcialmente esta antigua amenaza que se cierne sobre Alcázar y debe evitarse mejorando nuestro tráfico, porque si existe una necesidad pública que no sea una tontada de las habituales, o hay que resolverla o aguantarse con que la resuelvan otros y soportar las consecuencias que se deriven de las innovaciones.

Don Jesús Moreno Rodrigo ha dado la primera voz de alarma, no muy aguda, pero oportuna y con tiempo de tomar cartas en el asunto, haciéndonos recordar una vez más el alcazareñismo y altura de miras del partido republicano, partido mayoritario muchos años y por algo mantenido en actitud de triunfo y sacrificio toda su vida, llegando en su interés local a proclamar su autonomía, apartándose de cualquier dependencia cuando las decisiones

propuestas por las organizaciones nacionales, perjudicaran los intereses alcazareños.

Esta es la razón, el fundamento y la causa de que ninguna organización nacional pudiera contar con los alcazareños si en sus propósitos había alguna cosa que pudiera perjudicar a nuestro vecindario, el cual valoró, aplaudió y apoyó sin reservas la actitud republicana cuya solvencia moral fue siempre reconocida por propios y extraños, tanto por los colaboradores como por los adversarios.

Y ahora pudiéramos vernos en un momento de aquellos que los republicanos solventaron tan gallarda y alcazareñamente, con el máximo sacrificio de proclamar su autonomía y aunque el partido socialista tiene su origen en aquellos republicanos, ha cambiado sus formas y son otras sus normas e intereses y no es probable que lleve su espíritu de sacrificio a la altura de los republicanos aquellos en cuyo seno se criaron con independencia absoluta y desprecio de medidas egoístas, manteniendo el emblema de la pureza a la vista de todo el mundo, teniendo a gala el orgullo de una conducta imaculada.

Se ha perdido mucho de aquel halo de nobleza que lo enaltecía todo y hacía meritorias las actuaciones, cuando Don José María Esquerdo, Pablo Iglesias, Galdós, Zulueta y otros muchos, como Castrovido, Menéndez Palleares, aquel hombre pequeñito que gorjeaba en la tribuna como ruiseñor en el árbol, estaban rodeando la figura de Don Gumersindo de Azcárate para dar carácter de firmeza a sus explicaciones doctrinales que chocaban con la multitud.

El teatro Madrileño, situado en la acera de la izquierda de la calle Atocha, frente a la calle Fúcar aproximadamente, fue en el que más veces escuché la voz pausada y paternal de Don Gumersindo, los sábados anochecido, que era un apóstol de la democracia.

El timbre de este teatro que era un local más bien pequeño, contrastaba con el enorme escándalo que se oía en todo Madrid al empezar las funciones y también con la luminosidad de su puerta y zaguan, que sin haber nadie parecía que la gente se estaba matando por entrar, y la brillantez de su luz que achicaba la del propio Antón Martín a esas horas y resaltaba los acharolados zapatos de las chicas que salían de los obradores.

La máquina del exprés iba siempre propagando su impulso y su poderío y desde muy lejos nos transmitía el eco de sus mil ruidos encadenados en una misma marcha de la que el maquinista se consideraba campeón porque se le pega del tren su propia gloria y poder.

Viene el exprés desde muy luengas y accidentadas tierras, con muy pocos espacios propicios a la carrera, pero al llegar a la Mancha encuentra su paraíso y da gusto verle de volar por los llanos de Cinco Casas, un verdadero encanto

hasta llegar a la toma de agua y apagar su sed como un monstruo que surgiera de los espesos montes.

El tren al quitarle la grúa queda rebotante de agua, con manifiesto esfuerzo para mantener tenso todo el sistema de tracción y efectuar el arranque que es siempre lento por aquello de, si tienes prisa ves despacio, no sea que salte la pieza y tengas que pedir recambio retrasando el viaje.

A la tercera o cuarta vuelta de las ruedas, el tren ya va suelto y acelera su marcha con facilidad, indicándolo con varios pitidos acentuados y ondulantés.

El tren recorre volando la llanura inmensa envuelto en la claridad de la mañana hasta llegar a la casilla de Mentirola donde silba impetuosamente al tomar el pequeño desmonte que le sitúa majestuosamente a la vista de la estación alcazareña. De Valdepeñas a Aranjuez, un tren como el exprés de Sevilla devora los kilómetros con más voracidad que las fieras de la Selva y no corre sino que vuela y es cuestión de un momento que esté en un sitio o en otro.

El tren principal de la red, el más imponente y solemne, el más seguro y veloz, mantiene parado gran estado de inquietud con la máquina ardiendo infernalmente y el maquinista gateando por sus entresijos.

El jefe que ha de ordenar la salida está pendiente de que el maquinista empuñe el regulador despues de haberle dado vuelta a la locomotora y en un momento trepada toda ella y hace retemblar la estación, poniéndose en movimiento en medio de resoplidos poderosos que acompañan a todos los cruídos del tren.

“Al dejar la estación, lanzó un gemido
la máquina que libre se veía,
y corriendo al principio solapada,
cual sierpe que sale de su nido,
ya al claro resplandor de las estrellas,
por los campos, surgiendo, parecía,
un león con melenas de centellas”.

* * * * *

Como el tren no corría, que volaba,
era tan vivo el viento, era tan frío,
que el aire parecía que cortaba,

* * * * *

pues hacía un gran frío,
tan gran frío,
que echó al lobo del bosque aquel invierno.”

Soñando por los jardines del paraíso perdido

El Ayuntamiento, tan cauto y silencioso para no verse obligado a confesar su desconocimiento, salvo en los problemas del derroche que le impulsan a la locuacidad, se ha decidido por fin a favor de uno de los opinantes en el problema de la Veguilla. Y aquí pasó lo de siempre, que murieron cuatro romanos y doce cartagineses.

Hay que felicitar al agraciado y agradecerle su aportación porque el bien, si le hubiere, que no lo parece, será para todos, pero Alcázar sí le conozco y la Veguilla también, como un alcazareño cualquiera de los que no necesitan ir a Salamanca a estudiar y conviene saber anticipadamente, qué es lo que se piensa hacer, empezando por reconocer que los cantos de sirena entonados a tantos arreglos definitivos, fueron eso, endechas a la Luna y dineros para el sacristán.

¿Qué salen hierbas alrededor de la Veguilla? Igual que por todas partes, las cuales mueren de sed sino llueve a tiempo o por sumersión en agua mala si lo hace con la abundancia de lluvias que antes era habitual, con más salitre o con menos salitre, ya que ninguna tierra de por allí se ha librado de eso hasta hoy y las huertas se han perdido todas sin quedar ni una. ¡Oh! las famosas huertas del Mamello, que lástima de ellas.

La Veguilla es el desagüe natural de Alcázar y lo seguirá siendo en tanto que las aguas de los Anchos, de la altiplanicie de Criptana, del Cerro Gordo, de las Santanillas que es su manantial natural y de todos los cerros de la comarca, no se canalicen hacia el río Gigüela y se aprovechen como antiguamente. Y de todas las maneras, las plantaciones en la Veguilla serán fatales en muchos años de minicultivos cuidadosos que no las anulen.

Aún en épocas normales de aguas como las del principio del siglo, las grandes cosechas de la Veguilla dependían del cuidado que el dueño tuviera para impedir o favorecer la entrada del agua en los sembrados, según viniera el tiempo y fuera el arroyo Mina.

El Ayuntamiento, al fin alcazareño y hecho a las fantasías inverosímiles que da la tierra, a lo Benege, se ve ya en los bosques del arroyo del Albardial y en los frondosos parques de la Veguilla con sus estanques poblados de embarcaciones trucheras y navegantes, pero ¿no le choca que Estrella, reformador del Santo, cementerio, escuelas, bodega, calles, etc., no se acercara al Albardial más que para echar liebres que se

le daban muy bien, como a todos los de la Cruz Verde, profundos conocedores de la tierra que pisaban, sin más vegetación que la de cuatro juncos escuálidos; vegetación palustre de terrenos picantes como decía el Angel de Borrego? La arboleda estaba mucho más allá y formada por carrascas en el monte de Quero aunque en manos de alcazareños, pero de la huerta de Piédrola para acá, ni una hoja. A lo del arroyo le decían también el albardín por traerlo de allí en grandes cargas para quemar los hornos del yeso de cada casa que lo tenían, que eran muchas.

La vega Ocaña, va del Santo a Piédrola, con numerosas ondulaciones. Sus aguas se acumulan un poco más allá del centro aproximadamente y corren por él, lo poco que corren, formando el arroyo del Albardial que corta perpendicularmente la vía de Madrid y va a las Lagunas del camino de Villafranca y río Cigüela. Es una zona totalmente desprovista de vegetación y por ello y sus ondulaciones una de las zonas liebreras más famosas de toda La Mancha, donde se ven las liebres, los perros y los cazadores hasta perderlos de vista en los regateos de la caza pues hasta llegar a las arenas de Piédrola, donde estaba la espléndida huerta de Don Juanito, anunciando ya la más frondosa de José el Cuco, no hay ni una hoja y hará unos cincuenta años que llevado yo de esos mismos entusiasmos que se airean ahora pero con otros fines de favorecer a los enfermos pobres, por el tiempo que se hizo lo de Cinco Casas, puse yo, que no es mandarlos poner, sino hacer los hoyos y enterrar la planta, unos mil árboles entre almendros y eucaliptus de los que no dejaron ni uno, rodeando la huerta y el Castillejo o primera pedriza. Aparte de eso se pusieron unos miles de cepas en las capellanías que bajan del Rasillo o segunda pedriza, hasta la vía, de las que tampoco quedó ninguna y lo único que perdura de todo aquello, son las cepas y olivas que se pusieron en el Castillejo mirando a las casas y después cuidadas por un amigo de Quero. Alrededor de esta plantación se hizo una buena cerca de piedra con la que se sacó de los hoyos, hoy también en ruínas por los mismos transeuntes que arrancaban los árboles para hacer látigos o varas de arrear.

Alguna que otra madrugada nos amaneció allí al Angel de Borrego y a mí poniendo eucaliptus que se trajeron del matadero de Mérida, cada uno en su maceta. Se pusieron en todo lo alto, mirando al pueblo, frente a la linde del hermoso pedazo de León Ramos, el hombre de la Santiago de Peluza, y desaparecieron todos, pues como se ha dicho antes, las olivas y cepas que hay en ese mismo terreno mirando hacia las casas, es lo único que perdura de aquellas plantaciones y por ese tiempo, una viña que puso Pedro Arias enfrente, contra la huerta de Don Juanito.

Aparte de los cazadores, que no escasean, son muchos y de calidad, los vecinos de la Vega Ocaña que la conocen a fondo para opinar sobre las posibilidades de arboledas en el arroyo del Albardial y en toda la zona. Y los Urquijo, que no habrán escatimado tecnicismos, tienen allí buenos cazaderos con la esperanza de las arboledas, sin contar a los Villafranqueros que, en cuanto a andar tampoco se duermen en las solanas.

No creo que ningún alcazareño ignore que los Anchos constituyen el manto yesífero más importante de La Mancha y que entre yeso negro y Reguillo ocupa todo el campo. Y una gran parte de los acarreos del pueblo, primero con los carros y después con los carros y el tren, pero no hay pueblo en toda la comarca que no tenga recibido de Alcázar la mayor parte del yeso para sus construcciones y algunos como Tomelloso, el más importante y rico de cuantos trabajaban, que está hecho totalmente con yeso de Alcázar llevado en carros de miles y miles de reatas nocturnas que cruzaban todo Alcázar para llegar a Tomelloso a la hora de hacer plaza.

Barrios enteros de Alcázar vivían de esa industria manual y años enteros del pueblo de Tomelloso, recordándonos a los antiguos carro-materos que iban a Barcelona con nuestro jabón de barrilla, como estos iban con el yeso y toda la noche de camino con su lento caminar que daba tristeza verlos salir por la puerta Cervera al son de los traqueteos de los carros con no muy buenos atalajes.

Pues bien, una gran parte de esas aguas subterráneas con las que vamos a crear el nuevo paraíso, nos llegan filtradas por ese manto yesífero y son causa de que las huertas del Mamello se hayan perdido al regar con las corrientes más profundas.

¿Está claro? Pues si está claro manos a la obra, porque el dinero, es para gastarlo, según dicen los arriesgados y no para echarle doble llave como opinan los previsores y demostró Don Joaquín saliendo del Ayuntamiento silencioso y dejándolo sin trampas y con libertad de movimientos para muchos años.

A V I S O

No siendo posible continuar con el reparto masivo a domicilio, este libro se entregará en la Clínica a quienes les interese, como se hizo con el anterior y se hará con los siguientes. Se llevarán algunos a los centros de trabajo más numerosos pero lo seguro es recogerlos en la Clínica.

Perdonen la molestia y muchas gracias.

Suena el timbre del Casino pulsado por Amalarico

Y he aquí su son:

“Querido amigo D. Rafael:

¿Cómo es posible compendiar en unas líneas, la magnitud de una obra como la suya?

Me gustaría poseer la facilidad descriptiva de un AZORIN, BAROJA ó tantos otros que, plasmaban con suma facilidad hasta los matices de una flor, pero la solidez de mi formación, dista mucho de esa condición, no obstante quiero que tenga presente mi afectiva impresión de su hacer en esa historia viva y pormenorizada de nuestro Alcázar.

Cuanto recuerdo acudió a mi mente, en nuestra última entrevista, Piédrola, El Castillejo, Las Pedrizas y la egregia figura de D. Rafael, al salir el Sol, en aquellos parajes en las visitas mañaneras que giraba por esos lares.

Cuando necesito de esos recuerdos, para tener fresco mi origen, del cual me siento orgulloso, sólo tengo una fuente, HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA. Sus personajes, sucesos y anécdotas están presentes en mi vivir, como está el pan de Pizcón ¡Qué Pan!, de mi juventud, cuando yo también frecuentaba esa Piédrola, las casas del Tío Berbes, Malagueñas, Los Tejeros, La Casa Giral, etc. etc.

En esta visita a que me refiero antes, pude medir las altas cotas de su persona, su interés por Alcázar, su Casino y cuanto de emotivo tiene nuestra Ciudad.

Al recibir el último fascículo, con su alegoría al Casino de Alcázar y a su Junta Directiva, me he sentido halagado de manera inmerecida, puesto que tales labores en esa Sociedad, siempre son obligadas, unas veces por nuestro sentir y otras por el mantenimiento de algo tan nuestro. Al igual que la Junta anterior cuya presidencia me correspondía, estoy seguro que está el sentir de la junta actual y el resto de los socios, cuya opinión es sinceramente positiva hacia su quehacer.

Estaría todo el día emborronando cuartillas, sobre su persona pero para no excederme, le incluyo un modesto acróstico que ya tenía sobre su figura, sin que el mismo se sujete a las normas poéticas que configuran tal modalidad.

Esperando poder visitarle, reciba mi admiración y respeto“.

Amalarico SANTIAGO ZARCO
Hijo de José María “El Cuco”

D. RAFAEL MAZUECOS

Razón fuerza y humanidad, tanto en su profesión como en lo personal.

Alcazareño de pro, que cuenta con la admiración y respeto de quien ha contactado con él, de una forma u otra.

Fuente de sabiduría, con grandes recuerdos y enorme experiencia.

Altamente considerado en su entorno, tanto profesional como personal.

Elemental en su forma de expresarse, con lo cual llega a los más profanos en Medicina.

Legal en su comportamiento, sabiendo estar en cualquier situación.

Muy observador y con gran criterio de catalogador del género humano.

Asume con facilidad, todo tipo de responsabilidad.

Zurcidor de músculos y tejidos humanos y sanador de molestias y dolores.

Unico Alcazareño que ha sabido captar las vivencias de su pueblo, con rescoldo y sabor típico manchego.

Empedernido tratadista, que ve en cada persona, diversas generaciones de una familia.

Cauteloso en sus diagnósticos y atrevido en sus tratamientos que, configuran su seguridad personal.

Organizador innato, demostrado en sus fascículos y en su diario quehacer.

Sabedor de la condición humana, con virtudes y defectos.

A Don Rafael Mazuecos, con toda admiración.

Remembranza histórica

Con la inclinación tan grande que hay ahora para hacer versos detestables, Amalarico, que parece haberlo sentido, se ha librado de la tentación saliendo por la tanjente del acróstico, que es una clase de composición poética que ni lo parece ni lo es y libra de toda cursilería.

No es la primera vez que nos vemos favorecidos por tales trabajos. Hace años, como 25 o 30, que por los libros se hallará, recibimos el primero del inolvidable Crescencio Rosado Pavón, porteño, villartero y alcazareño y todo de verdad y en parecida proporción, puesto que nació en el Puerto, aprendió en Alcázar y se casó en Villarta con su prima, la hija del célebre médico Don Julián Pavón, de fama tan extendida que se nutría de 113 pueblos de alrededor, pues Alcázar mismo era una de las poblaciones que engordaban tan precioso ramillete, como se tiene publicado y observado desde la infancia en nuestro pueblo, a pesar de ser Don Julián discípulo de Don Magdaleno y aprendió en la misma escuela del Hospital General donde ambos entraron de topiqueros y salieron hechos médicos y propicios a la fama de los campos manchegos en los que Don Julián brilló como astro de primera magnitud toda su vida. Aprendieron el oficio machacando y no escuchando elucubraciones fantásticas de las que se prodigaban en aquel tiempo, pero el médico de Villarta sobresalió cien codos por encima de todos y fue el único que mantuvo a raya la fama del pastor de Manzanares mientras vivió, cosa más difícil que subir a la torre a gatas y mantenerse en la veleta.

Don Magdaleno a pesar de su inclinación intervencionista, lo hacía poco. Era, como para todo, tímido, de arrogancia aparente e inseguridad fundamental, como de falta de dominio.

Por toda exploración, empuñaba la muñeca del enfermo sin dejar de soplar y de moquear y al rato decía:

— ¡Vaya un pasmo que tiene este. Y como pensando se iba a la cómoda con el papel de la receta, diciendo,

— Vamos a darle un poco de benzoato que fluidifique las secreciones y un poco de amoníaco para sostener las fuerzas que no creáis que es fácil. Y explicaba a las mujeres lo que habían de hacer con lo de la botica, una cucharada cada tres horas pero una vez de una clase y otra de otra, y para comer un sopicaldo, pero poco.

El haber llegado hoy a este punto tan de refilón, no ha de impedirme proclamar de nuevo que Crescencio Rosado fue nuestro mejor cervantista, que conocía tan al detalle las obras del Glorioso Manco que citaba sus pasajes de corrido y que acudía y mediaba en las discusiones de las sesiones de los maestros con la mayor desenvoltura, como representación del manchego desconocido, siendo los tiempos de Astrana Marín en los que con mayor frecuencia hizo gala de sus apreciaciones por vivir en Madrid, desaparecidas ya las notables escuelas de fin de siglo, pero pese a la sequedad de la tierra, el nombre de Crescencio Rosado Pavón quedará siempre como uno de los más enamorados de Cervantes y del Cervantismo.

El pregón y el pregonero

Desde mi celda vengo dándome cuenta del cruce de los altavoces que en principio me parecían propio de la escandalera política y poco dignos de atención, pero ahora me están pareciendo, por su continuidad, que se utiliza para toda clase de propagandas, comerciales o no.

Hay que expresarlo así, en sentido dubitativo, porque no se entienden y ni aproximadamente pueden compararse con los buenos pregoneros de antiguamente que no solamente se entendían con claridad sino que además te explicaban claro al paso y en voz natural al acabar el pregón, en todo el trayecto, porque el pregonero no fue en coche jamás ni le hacía falta, le bastaba con estar a la altura de los oyentes, que es lo necesario para caminar al compás, lo mismo que el alcalde, el cura o el médico. Pastor que se aleja de la grey no la conocerá nunca bien y la gobernará equivocadamente. Y no hay duda que este fue uno de los factores de la supremacía de Estrella, el no apartarse nunca del redil ni soltar la garrota por vestirse majo.

Nuestra política ha tenido grandes hombres, como Romero Robledo o Sagasta o el mismo Romanones, hombres de acción, porque la política es acción, no contemplación y Estrella, en medio de la plaza y mezclado con las gentes siempre, aprendió todos los manejos como nadie, sin saber de nada ni ser listo, pero la práctica le dió una soltura formidable para nadar y guardar la ropa.

Había en su época un gran pregonero que a su vez era un gran tamborile-ro, Vicente Martínez o Vicente el Pregonero, que por algo le aplicarían como apellido el nombre del oficio, porque lo tenía todo, personalidad, don de gentes, prestancia y aire de autoridad, pues era herenciano y tenía su misma presunción, dando gusto a todo el mundo, pues estaba desde por la mañana en la puerta del Ayuntamiento, pronto a salir por el pueblo, pregonando las Cédulas Personales, las sardinas del Corneta, los melones de cualquier tomesero o las puertas y ventanas que habían llegado a la posada, pero ahora ni asomándose a la calle se sabe lo que dicen y parece que hablan con la boca empañada, o llena de humo.

Con su andar ligero y sus carnes vibrantes, Vicente caminaba recorriendo el pueblo revestido de autoridad que explayaba al redoblar el tambor gordo durante un rato al llegar a los puntos marcados, uno de ellos la esquina de Reguillo, que se entraba los palillos en los soportes de la bandolera y sacaba el papel de los holgados bolsillos de los pantalones y se ponía a leer con el rigor de la ordenanza y el tono enérgico que le había explicado Emiliete para que se enterasen bien y que no faltaran, que sino ya verían:

— D. Mariano Moreno Donaire, Alcalde presidente de esta ciudad, (se trataba de Mariano Mocho).

— Hago saber, que durante los días catorce y quince... y diez y seis, se hará el alistamiento de los quintos del presente año y se ordena el puntual cumplimiento bajo las penas conocidas.

Liaba el papel y tomaba otra vez su paso, muy parecido al de Casitas cuando por las mañanas iba a la estación. Me refiero a los andares, porque Casitas, arreglado por la fiera mansa de la Cayetana, salía hecho un Marqués todas las mañanas entre nueve y diez, planchado y alhajado con su leontina colgando de gruesa cadena de oro de ley y eslabones aplastados y abundante abrillantamiento de los dedos de ambas manos, su sombrero hongo y su traje nuevo y planchado impecablemente porque D. Antonio, como ella le llamaba, era su niño mimado y su entretenimiento.

No consiguió ser otra cosa pero no fue poco para vivir como un rey con una esclava pendiente siempre de sus labios para adivinarle los pensamientos y complacerle, lo mismo cuando venía de torear cualquier tarde que cuando venía de las camareras por las madrugadas. Ella se apellidaba Ortega, de la familia de Cascabel, pero todo el mundo le llamaba la Cayetana de Casitas, cosa que la enorgullecía. Había vivido mucho en Madrid y tenía un aire chulapo, barriobajero, inconfundible, que concordaba con las aficiones taurinas de D. Antonio. ¿Qué no hubiera dado ella porque D. Antonio se hubiera arrimado en serio y con valor? que eran la debilidad de la Cayetana como prueba que siempre tuviera los trastos de matar a la vista de todo el mundo y cuidadísimos.

Vicente fue el tambor de la banda de Gassola y nadie más ha vuelto a tocar en Alcázar como él ni pregonero ni no pregonero, porque era músico y le acompañaba todo y los demás pregoneros se fueron eligiendo entre los desocupados que no sabían ni se hacían a pregonar, carecían de aliciente y de ilusión y se creían que todo era como el vendedor que va por la calle con la cabeza agachada y diciendo entre dientes:

— ¡Guarros vendo!..., con una voz apagada como si saliera de una cueva.

Poca gente pasaba al lado del pregonero sin preguntarle lo que llevaba:

— ¿Qué llevas?

— Un hombre que ha venido con mantas en cá la Petrilla y las da muy arreglás.

Y la gente quedaba enterada de lo que convenía e iba a aprovechar las oportunidades, pero con la bocina de la camioneta no creo que se formen abalanchas de compradores ni que se mejore el mercado y en cuanto a la política, que es para lo que parece haberse ideado tal procedimiento, nadie conocerá los programas ni se decidirá a votar, porque nadie puede entender lo que repele por sus ruidos inarmónicos.

Vicente no sólo pregonaba con eficacia sino que asesoraba a los que venían a vender y mejoraba el mercado y como siempre estaba en la plaza, como Estrella, lugar de sus observaciones, no escondidos en el Ayuntamiento,

no se les escapaba nada venía alguien, explicaba lo que traía y enseguida le decían si aquí pegaba o no pegaba su asunto y le aconsejaban que se fuera sin hacer más gastos o le buscaban acomodo con arreglo a sus posibilidades, método con el que las cosas marchaban bien, con confianza mutua, pero con el Alcalde en la torre y todo el concejo en el sotabanco, ni se hace mercado ni se hace nada.

No era fácil sustituir a Vicente y cuando hubo necesidad de hacerlo, se eligió a Marcos que pronto tomó el sobrenombre del Pregonero, mucho más menudo que Vicente y que no tocaba el tambor pero si era propicio a alegrarse y a cantar con el calor como las chicharras y se le oía de cantar aquello de:

—“Víspera de San Marcos, Santa Cornelia, mañana por la tarde, salga bien pueda”.

Marcos era mucho más menudo que Vicente y aunque no le parecía por lo rústico, era de Alcázar, Marcos Manzanero Serrano, hermano de Manuel el Porrero de la Ceripola que era hermano de padre de Paco el de la calle del Santo que se casó con una Garruchona.

Marcos se casó con una de Las Labores - Juliana Gil Requena y se le notaba bastante porque al hombre lo hace la mujer. Era rebajote, con la cara redondica, dice su hija Almudena.

Vivieron como Vicente y como Millán el alguacil, orilla de la Petrilla y desde allí se fueron a la calle del Salitre que parecía el itinerario de estos modestos servidores de las necesidades públicas. Y con ellos se acabaron los pregoneros tradicionales, pero hubo una boda que, aunque de moza, le faltó poco para adquirir la popularidad de la segunda de Casimiro el Calero. Y no se si le pasaría porque en estos menesteres juegan gran papel las cualidades de los actuantes y el caso fue que a el tío Carabina, le dió coraje que se le sacaran cantares con motivo de la boda de su hija, se quejó a la autoridad y el Alcalde hechó un bando prohibiéndolo, pero el pregonero recargó el asunto con todo el peso de la sorna alcazafaña haciéndole coro a la gente y al pregonar le daba carácter al pregón con el mismo sonsonete:

— De orden del señor Alcalde constitucional de esta Villa, se prohíbe cantar: Donde vas con esa mantellina, a la boda del tío Carabina.

Y hubo que suspender también el pregón porque era peor el remedio que la enfermedad y la gente lo coreaba y se desternillaba de risa días y días.

El corral de Cañizares

Era corral y era bodega y ambas cosas espléndidas, como hechas cuando el terreno se compraba allí a ojo o por fanegas, aunque el ojo fuera de los acostumbrados a aforar.

La nombradía la tenía sin embargo como corral por ser el más conocido y popular, como más adecuado que ningún otro para celebrar festejos y espectáculos de grandes concentraciones de personal, como corridas de toros, titeres, carreras en saco, y otras excentricidades en épocas de feria u otras fiestas veraniegas.

Allí vi yo de torear a Casitas varias veces como director de lidia, antes de tratarle personalmente. Y a Campayo, carnicero de vaca con trazas de picador que sucedió a Segurita y al amigo Sebastián Guzmán que luchaba con los toros a brazo partido y la gente le aplaudía a rabiar, lo mismo que a Trino, Trino Belda, organizador y sostén de su compañía de titeres casi familiar que acabó por hacerse alcazareño y se fue a morir arrinconado en Galicia, arrastrado por los aires profesionales, como casi todos los cómicos que no se encuentran fuera de su arte.

Siempre estuvo Trino alrededor de la plaza, del Altozano a la carretera y de la carretera al Altozano y de allí no salió ni cuando se casó y una vez que se colocó a trabajar lo hizo en las contribuciones, pero no podía olvidar su arte y en cuanto llegaba el buen tiempo ya estaba planeando salidas a todos los pueblos conocidos, pues le enajenaban las series de vueltas de campana y las risotadas de la chiquillería que contemplaba con asombro sus payasadas y le aplaudían sin cesar porque eran el difícil motivo de su fama.

No tenía Alcázar ningún otro corral que se distinguiera por su nombre propio como éste, aunque los había muy parecidos y aún mayores pero no tan regulares de forma y bien situado para ir a las funciones de noche, aunque con mal piso cuando no había aceras.

Y bien cerca tenía el más grande de todos en su época pero inadecuado para estos menesteres, que era el de la fábrica del Salitre, cuyo último cuidador fue el padre de Quintiliano y allí conocí a Malaco, a la Picotera, a la Minayera, al tío Angelillo y otros necesitados que empezaban a poblar los Sitios. Y vi las mejores meriendas de mi vida, un lebrillo lleno de ensalada de tomate con cebolla y un gran jamón entero, para descuartizar y comerselo sin dejar ni rastro, las cortezas fritas, lo magro con la ensalada y lo gordo entremezclado. El vino sin agua para no escandalizar los vientres como decía Baltasar del Alcázar.

La temperatura era veraniega, y las esperanzas en la merienda opípara empujaban los ánimos hacia los platos de las tajadas y al barreño de la

ensalada. La bota de mano en mano sin descansar en el suelo y los elogios incontables hacia la buena preparación.

Eran los comensales los de la fábrica del Yeso cuando creo que Simón, el grande, se había quedado con la del Salitre y por eso estaba allí Paco Espinosa, por el parentesco muy cercano de su mujer con ellos, que por cierto falleció en aquella casa y con el tiempo lo hizo Quintiliano de la misma enfermedad que su madre, sin que faltara quien se lo advirtiera, pero qué comilonas tan sencillas, tan nutritivas y tan ricas.

Aunque no hubiera en él ninguna construcción especial, hay que lamentar y mucho, la desaparición del corral de Cañizares que fue durante años y años el lugar de pacífica diversión y sana alegría de los chicos y de los padres que los llevaban a ver a Trino y que les hiciera de reír, cosa mucho más difícil de lo que parece, inmejorable y saludable.

Me dicen que el cambio es para hacer casas modernistas, motivo manifiesto y sobresaliente de los modos alcázareños en los últimos tiempos, porque ni que digas que sí ni que digas que no, la caldera ha volcado en la puerta Ramón. Y si en el casucho de al lado hay grandes motores para sacar el agua desde que lo hicieron, en esta, que será por el estilo, hay que pensar que hayan empezado por proveerse de buenas bombas antes de empezar y equipos acuáticos para cuando se mojen.

Las casas de los motores deben estar sorprendidas de lo que pase en Alcázar para tener que motorizar todas las casas, aparte de la bicoca que les ha caído.

Qué lástima de corral, pero aparte de su romanticismo, ¿no sería mejor y más útil que una casa de vecinos, hacer una casa de baños bien montada, para que el corral siguiera su historia de funciones públicas?

Se necesitan las cosas en los pueblos lo mismo que en las casas y cuando se abandonan o se tiran se queda uno sin ellas. Quienes dicen que para qué se quiere "eso" es que no se fijan.

En el curso de mi vida he visto pasar apuros entre las personas que pueden sentir esa clase de responsabilidades, por no disponer de una casa y una familia adecuada para recibir visitantes ilustres. Y esa causa es tal vez la principal de que existiera la bodega del Marqués de Mudela, que era una estación apartadero de primera categoría para recibir del Rey abajo a cualquiera.

Hoy mismo, la gran impedimenta de un circo de mucho personal y animales de peligro que no pueden estar en campo libre, pasaría muchos apuros para alojarse y tal vez se fuera sin llegar a instalarse.

Pero Alcázar tiene muy metido lo de segundo Madrid, vivir como en la capital, que no es precisamente lo mejor sino más bien lo peor, sin siquiera el señorío que antes se figuraba, porque Alcázar que tanto se obstina en cosas increíbles, en otras se comporta de maneras inconcebibles y en muchas con maneras de inusitada irregularidad, como si le fallara la cabeza.

Evolución de las calles céntricas

Desde que la urbanización se saltó el arroyo de la Plaza y el del Altozano haciéndose los barrios de este lado, nuestra calle principal, la mayor, la más comercial y suntuaria, lo fue la calle Resa, después Canalejas. Resa porque en ella vivía Marañón y Resa y Canalejas porque en ella se alojó este ilustre estadista cuando estuvo en Alcázar y vivía en ella Don Oliverio, de quien fue huésped, en la casa que luego ocupó la Pantoja hasta su muerte, al cambiarse de la grandiosa de Rojas en la Plaza, siendo la Castelar callejuela de la calle Resa.

Análogo fenómeno se produjo con la calle y el paseo de la Estación, impuesto por la situación que se le dió a la entrada para ir derechamente a las taquillas y obligó a la gente a ir desde la puerta de Villajos hasta la entrada de la calle Ancha para dirigirse a la Estación. Los establecimientos y las viviendas se situaron en la calle quedando el paseo como descampado y destinado a bodegas, alcaceles de siembra, plaza de toros, huertas y paso de mercaderías.

Cambiada la puerta de la estación por aquello de las anchuras y concentración de servicios, se trastocaron las funciones callejeras y comerciales de ambas calles. Las tabernas y posadas de la calle se fueron al paseo o cerraron sus puertas y la vecindad quedó un poco entristecida al disminuir la circulación, como le pasó a la calle Resa al ir derechos desde la estación a la plaza llenándose de vida la callejuela de San Andrés antes de ser Castelar a la muerte de Don Emilio a principios de siglo. Para que se vean los grandes efectos que pueden originarse de una causa tan pequeña como la de correr una puerta treinta pasos a lo largo de la misma pared. Carrero, Carriñena, Gabriel Mata y otros hicieron sus casas en la calle de la Estación y se vieron de pronto privados de todo interés comercial, revalorizándose en cambio los del Paseo que cambiaron de fisonomía con la mayor rapidez, hasta llegar a su estado actual de enlace con la Castelar, aunque con anchuras que recuerdan muy bien su historia y una diferencia de diámetros que hace imposible el enchufe de una en otra, más difícil que el de los tubos del alcantarillado que dicen que hay por ahí, dándose el fenómeno, increíble en Alcázar, de que en poco tiempo quedara cubierto el campo de casas de alquiler, observación que debe hacer pensar a cuantos intervengan en el gobierno de la Villa y quieran hacerla adelantar sin alteraciones ni tributos frenadores de los progresos verdaderos.

El Paseo y varias calles más de alrededor se cubrieron igualmente de

casas de alquiler y de locales comerciales y de recreo, algunos de los cuales perduran más o menos modificados.

Sin embargo, la calle Resa y la de la Estación, sobre todo la primera, han seguido conservando la pátina de lo que fueron, como los aristócratas arruinados que conservan el aire de la opulencia, de la distinción y de la caballerosidad y ahora, como pasa con todos los excesos, las calles más nove-cillas, imposibilitadas de contener la sobra de trajín por sus propias y nativas limitaciones, lo van revertiendo de nuevo a las calles viejas que de este modo ven restablecido el equilibrio de su estabilidad y pueden envanecerse de ver retornar a sus lares a los que se fueron deslumbrados por los espejismos de la novedad pueril.

Calles como la de la Marina, (ahora Ramón y Cajal, pero de punta a punta, sin divisiones intermedias, que fueron comerciales y opulentas, como la de San Francisco mismo, quedaron casi anuladas por las nuevas corrientes del tráfico, hasta que este ha revertido otra vez a ellas por no poder contenerse en las vías de creación más reciente y callejones tan céntricos como el del Galgo, con vecinos tan conocidos como Miguel Rebato, Pílez y Ojos de Rana, se han convertido en calles de las mejor situadas de la Villa y por cierto que está con un nombre de calle que arraigó durante tiempo sin que nadie sepa por donde y como se colocó.

La callejuela del otro lado de Pílez, la de la portada de la gran casona del Puerto Peño, lamentablemente transformada, en la esquina de Lubián, también se ha convertido en calle céntrica después de infinitos intentos de todos los Alcaldes para librar a los paseantes de su repugnante y sucio aspecto.

Lo ocurrido con esta callejuela es también una buena lección porque hubo un alcalde, de tantas campanillas como Jaén, que puso todo su amor propio en el asunto y lo cerró y lo tapó de varias maneras sin conseguir nada y el cambio de la vida lo arregló todo divinamente, demostrando que no era el coraje y la fuerza lo que había que emplear para sanear y hermostear aquello, sino la iluminación, la limpieza y sobre todo el darles valor y utilidad a las casas que la limitan, o sea que era una razón económica que la vida sola ha hecho patente y ahí está el resultado del triunfo de la utilidad sobre el poder como razón de gobierno.

En parecido caso se encuentra la boca de lobo de la entrada de la calle del Horno, con todo lo de Candeales y el Cristo mismo cuyo aspecto es una demanda continua al buen juicio de las personas y una acusación permanente a su rijosidad. Vendrá el tiempo que todo lo arregle y nadie comprenderá la causa de tan intrincados pleitos ni de tan enconadas pasiones, a veces cómicas, que nada resuelven y todo lo paralizan.

La calle Resa, a pesar de su alcurnia y por la parcelación de los terrenos que rodean al Cristo, vió taponada su salida al campo por la tierra de la Ciriaca y en lugar de salir de frente, como sería natural, lo hace lateralmente hacia la puerta de Villajos y hacia la calle Tribaldos, teniendo tapada,

su salida frontal por lo que ahora se llama Bar-Café y el de Federico, porque la Ciriaca era su madre.

El tío Carabina también se metió por ahí un poco con la casa que ha sido de las contribuciones y la anterior que está de solar y que se las dió a sus hijos, obligando a replegarse a Eulalio para que los carros pudieran salir a lo ancho. El problema callejero parece complicado pero es seguro que el tiempo lo dejará como deba ser.

Cuando se rompe un hueso y anuda formando joroba, como todo el bulto no es utilizable, la naturaleza va eliminando lo que no sirve porque no lo puede utilizar en el trabajo que corresponda y al cabo de los años se ve que el hueso está casi derecho y prestando buen servicio, cosa que a los vanidosos como el pastor de Manzanares, les hace creer que es por ellos. En las calles y en las obras pasa igual, que la necesidad y la utilidad lo van solucionando todo poco a poco, pues no hay nada que resista la acción sabia y previsora de la naturaleza. Su único inconveniente es la lentitud, el mucho tiempo que se toma para sus arreglos y los arrebatos que nos entran para conseguirlo, pero si tuviéramos paciencia no habría necesidad de tocar a nada, cosa que tal vez sea una de las mejores experiencias de los viejos y motivo de su tranquilidad ante los arrebatos juveniles.

La gente se maravillaba de ver actuar a Ecequiel Ortega en la Alcaldía, cuando la sorna alcazareña alcanzaba los niveles más altos, por la corriente que le daba a los conflictos, los apuros de dinero, los escándalos por subirle dos céntimos al pan o las disputas por aprovechar las márgenes del río. Todo el mundo le buscaba, primero el administrador de los Consumos, a continuación el rematante y luego una comisión de los partícipes, porque había que obligar a pagar y vigilar bien las puertas o no había dinero, pero él preparaba la tartana y se iba al monte para dos semanas y cuando venía ya se había pasado todo sin voces ni escándalos. Ecequiel había vivido siempre al pie de la plaza que es una buena escuela y sabía que las aguas hay que dejarlas de correr y que el que se pone en la corriente el agua se lo lleva y al que tapa los alboyones se le inunda la casa. Por eso fue buen alcalde en diversas ocasiones, porque leía en el libro de la vida, que es el mejor del mundo.





Cartas a D. Rafael

Sobre la obra Hombres, Lugares y Cosas de La Mancha

Continuación de las cartas escritas por Ángel Palmero Ugena sobre los libros 44, 45 y 46

(Del Fascículo XLIV)

“Cuando recibí el fascículo XLIV pensé en su envidiable actividad. Porque cuarenta y cuatro cuadernos ya son más de tres mil cuartillas, unas dos mil páginas impresas, amén de cientos de fotografías que discernir, apuntes, estudios, largos estudios requeridos por la complejidad frecuente de los datos, trabajo en solitario, obra ingente.

Pero vayamos al grano del nuevo fascículo, que leí en principio con mucho método por el deseo de desmenuzar bien cada párrafo, terminando después sugestionado y enredado en la fina malla de sus páginas.

Un poco lenta, la memoria me trae al manco del carrillo, Francisco Lizcano Alhambra, del rincón de la placeta -“mi placeta”-, el rincón donde comencé a jugar hace casi sesenta años. Las madres nos daban libertad en aquel sitio por estar resguardado del tráfico y ser el más próximo a nuestra casa.

Mi casa, la casa que hicieron mis abuelos a principios de siglo la edificó Mariano Lucas. Quiso posiblemente ser una casa señorial y a su modo entre urbano y labrador lo era al estilo de la época, con su puerta de madera labrada, la cancela de hierro y el gran patio, la amplia escalera y la disposición de sus aposentos. Poseía la casa tras la gran portada lateral dos corrales empedrados como para el paso de carros y caballerías; cuadra, pozo, graneros, cocina, gallinero y gavillera. Para su uso cotidiano la abuela prefirió una estancia trasera con balcón al segundo corral, que puso a su gusto y según la tradición familiar. La habitación estaba amueblada con una mesa camilla, sillería rústica y la hermosa banca que había sido de los padres, sin faltar la alacena donde se veía una antigua vajilla que no recuerdo se usara nunca. Aunque para mis abuelos el campo quedaba ya atrás, se ve que no olvidaron nunca su larga ascendencia campesina. La abuela estaba pendiente del almanaque zaragozano y seguía con gran atención los cambios de tiempo, igual que sus mayores, que consumieron sus vidas trabajando la huerta y los predios que poseían en la Villa de Herencia.

Volvamos al camino. Veamos la placeta tal como estaba, las casas de Quintanilla, de Saturnino, de la “Gorrola”, de “Choza”, el corral de Carreño. Contemplo a mis hermanos y a los amigos de entonces y de siempre. Recuerdo el mal humor del señor Quintanilla; siempre creía que nues-

tros juegos ponían en peligro su propiedad. Algunas veces cuando llegaba el tiempo de las matanzas, intentábamos ayudar a entrar en el corral los gorrinos que traía Carreño. Qué ayudas y qué carreras. Todo vuelve mentalmente al leer esta semblanza del manco, que lo retrata por dentro y por fuera -bien funciona la pluma-, visto en su época y en el vivir de entonces, como debe ser.

Los pueblos son sus habitantes; y las calles su escenario abierto. Hay en los fascículos soberbias descripciones sobre nuestras calles. Esta de la Castellar es una de las que llegan y nos llegan. Bulle la calle en toda la escritura. Ya no es la misma que aparece en el primer cuaderno. Entre ambas se aprecia que el Alcázar campesino y tradicional cede terreno al pueblo más moderno señalado por la llegada del tren. *Mis recuerdos del Ayuntamiento viejo* rematado por los tejadillos, queda muy brumoso. Más nítido me resulta el del edificio reformado con sus azoteas, un poco anterior a su lamentable demolición. La traza actual de la calle ya está reflejada en la reproducción. Pero el relato no se para en las casas o el aspecto de la vía. Ronda aquí una galera quizá herenciana -dice usted-; por la esquina de Eulalio Carrascosa unos chicleos, algunos mozalbetes. La pluma se acerca a ellos para decirnos quiénes eran o podrían ser, qué hacían por allí. *Prosigue la pluma y se adentra en la evolución y el origen de la calle, y se refiere también a las personas que por sus características u ocupaciones eran parte principal de la fisonomía de la Castellar en este tramo. Primer "biográfico", evocación, mérito de esta página inolvidable.*

Y, ¿quién no se detiene un poco ante la estación, que parece surgir como un elemento extraño y exótico de entre el arbolado de las antiguas huertas? La memoria se siente suavemente espoleada. La chimenea de la luz, aquel edificio camino ya de la ruina, desierto, con las balsas que se desmoronaban, la huerta próxima de Canuto, que conocí en aquellas tardes, cuando mi padre nos llevaba por allí los jueves aprovechando el asueto escolar y el buen sol de la primavera.

DON ANTOLIANO EL MEDICO DE LA MOTA -- CAMBIOS MEDICOS. Además de profesionalmente, ¿cómo inciden los médicos - a los que tan certeras páginas ha dedicado usted y "lo que te rondaré morena"- a través del tiempo en la vida de los pueblos? He tenido ocasión y motivos de conocer, estimar y aún admirar a más de uno de los médicos del lugar. Me estremezco cuando leo "no disponía de ningún recurso exploratorio más que sus sentidos". Bien -que añado yo- sentidos avezados, expertos, sensibles. "El buen clínico era un lince arrancándole al enfermo detalles de su estado con una finura increíble"... e incluso en las facultades se va dejando de hacer clínica" - "Si hubiera la desgracia de que todavía se produjeran los cuadros clínicos de la época anti-biótica y sin saber manejar el laringoscopio..." Verdad. ¿Qué consuelo halla ahora el paciente con la deshumanizada medi-

cina actual, con las consultas de una hora distribuidas entre cuarenta pacientes o más?... Y, ¿cómo se las arreglarán los médicos de los pueblecillos semiolvidados de España?

Y, perdón por esta aventurada incursión hasta los aledaños de la medicina, terreno ignoto, terreno vedado a un profano. Antes los analfabetos eran los que no sabían leer ni escribir. Ahora, los analfabetos son -o somos- los que "sólo" saben leer y escribir. Qué batallas urgentes, esenciales, quedan por librar para sacarnos del hoyo de "las primeras letras".

Nueva parada en CALLES DE ALCAZAR, tema inagotable en el que usted ahonda insuperablemente sacando a la luz del pueblo, los hombres, su facha, la anécdota, los pesares y las alegrías, las vicisitudes, tan esclarecedoras.

LOS CAZADORES.— Don Julio Maroto -cazador de pro- se explaya muy bien contándonos esas deleitosas historias cinegéticas.

Con PERSONAS REPRESENTATIVAS la saga de los "Brocha", cierto que una de las personalidades más reciamente representativas.

Es éste uno de los fascículos más completos. Y como un afluente de aguas frescas y cantarinas viene a engrosar el caudal del ancho río que es ya toda la obra.

En estos días volví al tomo de los diez primeros fascículos para tomar unas notas. Hojee luego sin orden parándome aquí y allá, y sin querer, a poco me sentí atrapado por el perfume de sus páginas. Parece como si después de anteriores lecturas algo hubiese quedado por descubrir. Pero ¿qué era ello?, ¿el paisaje, los hombres, el sentimiento de mi pueblo? Recuerdo una frase de Azorín; "quien cavila enferma, quien piensa con reiteración agranda o achica". En mi caso no se trata de meditar solamente, mis cartas expresan sobre todo mi "sentir" ante su obra. Yo soy sólo un lector sencillo que en un rincón de su tiempo -de ese tiempo angustioso que cada uno tenemos para consumir y extinguirnos-, ha tomado el primer tomo, se ha puesto a leer aquí y allá y se ha rendido una vez más al encanto de la obra.

Alguien dijo que "el misterio de la obra literaria no será jamás esclarecido". No, no podremos desvelar el secreto del encanto de estas escrituras de Mazuecos. Pero al correr del tiempo, después, mucho después, otros leerán los fascículos y revivirán en ellos las mismas emociones".

Madrid, 1 Septiembre 1979

(Del Fascículo XLV)

"En su día recibí la carta que me escribió el nueve de Enero con sus oportunos y animosos consejos, que no cayeron en el vacío. Mi respuesta se fue demorando, algo extraviado uno en inquietudes y brumas, que aquella misiva de usted, la voluntad y el tiempo de consuno han ido deshaciendo.

Cuando me disponía a escribirle sobre el fascículo XLV recibí el siguien-

te. Lo he leído deteniéndome en AURORA Y ECLIPSE DE LAS ESCUELAS FERROVIARIAS, de cuya existencia conservo recuerdos y de cuyo cierre apenas sabía.

Es el fascículo XLV el que por seguir un orden reclama mi atención. Todo en él respira interés, pero aun así y tratarse de obra tan armónica como ésta, siempre hay algo que sobresalê. Lo que yo llamaría "centro de gravedad" del libro alienta cimeramente desde las páginas seis a la veinticuatro. Pero no conviene dejar de mano todo lo que hay a partir de la veinticinco. EL OLOR DE LOS PELLEJOS es un interesante trabajo que se habrá leído con atención. Todo lo que dice al hilo de los pellejos, sin esclarecer el origen de su olor, demuestra cómo en todos los tiempos el hombre se afaná por saber la verdad.

LOS CORREDORES, SUCEDIDOS, SANTA PELAGIA, EL SABOR DE LA ALDEA, están muy en el ámbito de lo nuestro. Regusto y sabor del bueno en la fotografía de BUEN HALLAZGO. Aleteando sobre las figuras, la marcha del tiempo... ¿Qué es, Señor, el tiempo -decía San Agustín-?, si nadie me lo pregunta, lo sé; si quiero explicarlo no sé hacerlo".

LIBROS VINCULADOS A LA VILLA. La pintura de Isidro Parra, que usted comenta pienso que puede ser la que el pintor expuso en la sala de RAYUELA, con otras muy buenas. Identifiqué entonces a LOS ANCHOS al primer vistazo.

BLAS FRASCO y BERNARDO CARABINA cierran con todo honor el fascículo. Mas sigamos por el principio.

SUMA Y SIGUE. Reconfortante -inquietante a veces- sumar todo lo hecho, que da conciencia de la obra. Y el SIGUE, propósito, ambición, aserción de fe.

Los fascículos nunca fueron para minorías con exclusividad. El pueblo es su destinatario, o sea, los cultos y los sabios, los incultos y los eruditos y los inclasificables. Como usted apunta y yo quiero destacar hay en los fascículos mucho estudio y paciente investigación -antropológicos, médicos, topográficos, historiográficos-, que conforman la obra, la colorean y la trascienden como un retablo viviente y mágico de la vida de un pueblo. Sin esa sentida y fina amalgama los fascículos no se tendrían de pie tantos años ni disfrutarían de tan buena salud.

Sin pensar en que me repito debo expresarle que el lenguaje sigue funcionando según lo pide la escritura. Y caigo en pensar que pese al trabajo agobiante de toda su vida, aún pudo sacar tiempo para perderse -o encontrarse- en los Cervantes, los Quevedo, Santa Teresa y en otros hitos antiguos y modernos de nuestra lengua sin igual.

Dice usted ESTE LIBRO ES EL XLV. Sí; podemos verlo todos, se alinean como cuarenta y cinco mojones marcando la ruta recorrida por la crónica más inusitada que de un pueblo pueda concebirse.

EFEMERIDES TARDIA.— Hay que honrar sin regateos a quien honra merece.

JUSTIFICACION.— En el otoño último estuve internado en la UVI del Clínico. Servían allí varias enfermeras, todas activas y eficientes. Y entre ellas había una que poseía, además, ese “no sé qué”, algo que al instante nos conforta y nos cautiva. ¿Eres religiosa? -le pregunté-. Y lo era. Lo era Sor Teresa, delicada, silenciosa, solícita, un ser entregado a los demás. Con ella presente en aquella sala donde sólo se oía el gorgoteo del oxígeno en las mascarillas, uno se sentía, sin palabras, asistido y seguro.

La vida de los pueblos fue siempre la vida de sus oficios. Oficios del campo y del comercio, oficios de la madera, de los metales, de la piel; oficios del yeso, de los alfares, de la piedra, del vestir. Oficios de enseñar, de la administración municipal, de la justicia -jueces, letrados, notarios, oficiales, alguaciles-; oficios de sanar -curanderos, practicantes, comadronas, veterinarios, boticarios, médicos-.

Todavía hasta hace poco, caminando por las calles del pueblo, los oficios salían a nuestro paso con sus signos inequívocos. Aquí se oía el tan-tan del herrero. Más allá el talabartero se afanaba en sus atalajes y guarniciones. Detrás de aquella portadilla gemía la madera bajo los dientes de la sierra, murmuraba el cepillo refinando tablas y listones. De estas manos laboriosas brotaban mil piezas y objetos que de algún modo señalaban el orto, la adolescencia, la plenitud, la madurez y el declive de la vida humana. La cama y la cuna, el viguerío de la casa nueva, las puertas, ventanas y portadas, la mesa camilla y la banca, las sillas y los armarios, la trilla y el ataúd, y el carro de juguete y el borriquillo con que en las fiestas se “feriaba” al niño. “La substancia de la vida reside en sus ocupaciones”, dijo el filósofo.

Mas hoy los oficios se han convertido en industrias. Los aprendices, oficiales y maestros de aquellas artesanías en obreros rasos o técnicos. Entre la yedra del gregarismo otros son los trabajos, otros los afanes. El hombre -esa imagen de Dios...- es un producto fichado y controlado en la memoria del ordenador. Y aquellos murmullos y sonidos, aquellas voces, apenas si son audibles en algunos viejos rincones, ecos de una casi extinguida sinfonía. Y se apagarían sin remedio si usted no los hiciera revivir en los fascículos. Porque es en estos libros donde los oficios y sus servidores, que impregnaron el acontecer de la villa viven una segunda, increíble existencia.

Ahora, como en otros fascículos memorables -los alfareros, los molinos...- Don Rafael nos da sencillamente como si nada diera, BOTEROS Y BOTERIAS. “Henos aquí, como Don Quijote, en aquella atroz y singular pelea con los gigantescos pellejos de vino tinto”. Porque pelea es y temeraria y esforzada, acaso tanto como lo fue la del hidalgo, esta de historiar el origen del pellejo, sus clases, usos, nombres y el arte de hacerlos. El relato se encuadra y precisa en un lenguaje que no desdeñaría ninguno de nuestros clásicos.

Vocablos como *desollar, sobar, empezgar, embudar, ranversar, invaginar* aparecen en su punto y lugar con su pleno sentido. Al referirse a D. Isidro Barbero, que aparece en una de las fotografías, dice de él que está "embarbado", "emboinado" y "engabanado".

Las herramientas y los enseres de este arte de la botería no eran muchos; banquillos, tijeras, leznas, mandiles, guadañas... No resisto la tentación de glosar brevemente la peripecia. Nos habla usted de la cabra manchega y de la extremeña, de su producción y cualidades de la piel. Nos enteramos de cómo debe hacerse el desuello, el sobado y el enrollamiento de la piel, el trasquilado y la costura del fondo, el inflado y el raspado. Poco a poco tras el puntual laboreo, surge el pellejo. O la bota, que eran de azumbre y de medio azumbre o de cuartilla.

Explica usted que de la piel de los cabritillos y de los gatos se hacían muy graciosos botillos, "sin costura". Conocemos también de las averías y agujeros, que se arreglaban con las "botanas" alavesas de boj o con un sedal.

Las reproducciones fotográficas nos muestran escenas del oficio..., y de los oficiantes. Espléndida resulta la de la generación botera de Manzanares, manejando la guadaña o el fuelle, con Lino -que está casi igual que de mayor- y los demás muy puestos a la golosina del retrato.

La artesana aventura de hacer el pellejo no podía pasar de largo por la botería de los Román del Cristo de Villajos, mi barrio. Todavía hacia los años veinte, que recuerdo, la acera del día de la fiesta se parecía mucho a "ese gran escaparate de luz que resaltaba la lozanía de tantas caras juveniles". La acera desembocaba, tras pasar el cruce de la entrada a la Calle del Horno, en el mismo Cristo, esquina de un cuadrado en el que la taberna de Federico, la churrería de Sacramento y la casa de Fortunato enmarcaban un gran escenario popular.

Aun le queda a usted algo que decir. Tiene que explicarnos los pocos conocidos y nada fáciles recovecos del embudo de los vinateros. Y el uso del pellejo, su llenado, la medida del vino. Y como del vino se trata ¿cómo olvidar a la correduría alcazareña?, ¿y aquellas bodeguillas -vino del propio cosechero- donde los caldos se fraguaban en el laboratorio natural de las graciosas tinajas panzudas?

"Pienso en esos objetos, esas cajas, esos utensilios que aparecen a veces en graneros, cocinas o escondrijos y cuyo uso ya nadie es capaz de explicar. Vanidad de creer que comprendemos las obras del tiempo; él entierra a sus muertos". Esto lo escribió Julio Cortázar. Con distintas palabras usted nos ha hablado otras veces de las cosas inanimadas que el desuso arrumba, camino del polvo. Pero no hay que temer por ese mundo de nuestro lugar, que usted preserva del fin, rescatándolo del tiempo y del olvido mediante su testimonio en prosas para la historia.

Siempre me excedo y abuso de su tiempo con mis cartas, tardías además tantas veces. Otro día le hablaré del fascículo XLVI. Y haré algo para el cincuenta“.

Madrid 11 Agosto, 1980

(Del Fascículo XLVI)

“Hace tiempo que leí el fascículo XLVI y tomé unos apuntes para escribirle. La carta hubiese salido ya, pero tuve dudas de si sería oportuno molestarle en estos meses pasados, durante los cuales, me he acordado mucho de usted. Siempre se sabe poco de uno mismo y de los demás.

El arquitecto Chueca Goitia, en una especie de poemario publicado hace algunos años, decía con perplejidad quizá demasiado escéptica y amarga:

“¿Qué sabe uno de sí mismo?
ni donde empieza ni acaba
ni si vive ni si nada ...”

pero han pasado los días. Y es hora ya de tomar la hebra por donde se dejó. La decisión de reanudar mis cartas ha pasado por una enriquecedora lectura del fascículo a que me refiero.

Las reproducciones fotográficas de la portada y la primera página son a modo de cordial recibimiento. Representan un trozo de la vida de nuestros campos, un momento estelar; la cosecha. Se recoge la cosecha; están ahí en los áureos montones el grano y la paja, la suma del esfuerzo y el premio palpable. Seguros el pan del hogar y el sustento de los animales.

La escritura describe y desarrolla las notas gráficas. Y qué bien lo hace. Las palabras bien engarzadas nombran y expresan sencillamente las cosas. Cada acto, cada objeto tienen el vocablo que necesita. La “parva” allegada antes. El “tamo” que queda demasiado cerca. El carro armado de “miriñaque”. La mula mordisqueando los “granzones”. “Cribar”, “aventar”. La red de “sogueo”. El carro “aculado”. La “hacina” de mies. El mar de tierra del campo. Parva, sogueo, tamo, granzones, cribar, aventar, acular, palabras como tantas otras, inequívocas, definidoras, nacidas en los meandros misteriosos del pueblo, que hace la lengua para nombrar e identificar estas faenas cuyas formas se extinguen, cambiadas y asumidas por la máquina. Palabras que, acaso, perderán su razón de ser y se apagarán en ese continuo desplazarse de las cosas, mientras llegan otras, esencia -dicen- de la mecánica existencial.

En ADAGIOS Y OBSERVACIONES nos hallamos nuevamente ante la anécdota original, la frase certera o la locución aguda que iluminan, definen, explican, enseñan. Se entienden enseguida. Convícneme releerlas para fijarlas. Hay que guardarlas bien a mano para que lleguen a nuestro ánimo cuando haga falta. Como un manajo de florecillas copio y resumo:

“Vivir es hacer. Para quien no hace nada, ¿qué es la vida?
El trabajo, gran médico, prolongador de la vida. La alegría
hija de la ocupación. Tejer vida con los sueños.”

Frases que son lecciones, flor de sabiduría, filosofía nacida de la suma de muchos saberes concretos, de múltiples experiencias y de la práctica humanísima de un viejo y amado oficio.

AURORA Y ECLIPSE DE LAS ESCUELAS FERROVIARIAS. Deliciosas estas ocho páginas con el dibujo de la obra al frente y sus fotografías que enmarcan diversos momentos del suceso. Se nota, se toca como materia fresca el curso demoledor del tiempo. Nombres que pasaron, vidas extintas, imágenes juveniles de personas que sobreviven. El relato de aquellos fastos es muy ágil, diría que casi periodístico, si no fuera por el tono y el calor que pone quien lo narra en trance de evocación.

Entre neblinas percibo recuerdos y secuencias de la construcción de las escuelas que comenzó a mis siete años. He conocido a muchas de las personas que menciona y aún guardo relación con algunas de ellas. En la tercera fotografía -la de la piedra- creo distinguir a Don Felipe y también a Don Luis Cepeda. Este, tomellosero, era como toda su familia muy amigo de mi madre, que nos contaba a veces su juventud en el natal Tomelloso, muy relacionada con los Cepeda López de Haro.

Están también aquí los componentes del **ALVAREZ QUINTERO** con otros agregados circunstanciales, un instante fugitivo de tiempo en aquel Alcázar lejano. Bienvenidas las fotografías, que fijan un momento en un pedacillo de cartón, que sobreviven en cajones y rincones apartados, entre cintas y recuerdos como un rescoldo melancólico del pasado.

Nos cuenta usted este acontecimiento de las Escuelas Ferroviarias sin faltar nada. Aquí llegan los maestros. Los nombra usted, un maestro o maestra en cada línea. Y la fotografía al pie. Cientos de alumnos pisaron estas aulas, generaciones de niños aprendieron de estos maestros, cuyos nombres conocemos y nos son familiares. Procedentes de aquí y allá aquellos maestros -ellos y ellas- llegaron a nuestro pueblo jóvenes y animosos, se integraron en el lugar, formaron parte de su vida; aquí soñaron, lucharon, envejecieron. Nadie como el maestro palpa y siente a través de los niños el devenir de los pueblos. Lo dice usted mucho mejor: “¡Ser maestro! Qué cosa tan noble y qué excelsitud de funciones”.

Primera comunión en 1.947. Aquí el pincel matiza, colorea, entona el claroscuro. La paleta maneja los grises y los tonos pálidos. Niños del tinal de la guerra con ese algo -“el temor que flota en el ambiente”- de “resignación ante lo inexplicable, inevitable aunque humille en lugar de levantarte, con la obstinación ciega de la ignorancia triunfante”. Palabras que glosan, delicadamente, la circunstancia y la amargura de aquel tiempo.

¿Cómo no dedicar en todos o gran parte de los fascículos unas páginas al tren, a sus protagonistas? Presencia entrañable de un actor insustituible. El tren fue la liberación de Alcázar, el motor de su transformación, el eje de su ininterrumpida prosperidad; su paso de villa labradora a ciudad campesino-industrial donde coexisten, hermanados, dos estilos de vida. Alcázar - ¡cómo se ve en los fascículos!- se remoja y se decora de terruño y de tinaja y de vía de hierro, pan y aceite y vino para la despensa y el comercio, carriles para el tráfico y el viaje cómodo, para la evasión, la aventura y el progreso. EL CAFE DE LA PAJA es también una página de la estación. Y la Beni, tan singular, "un producto de la calle de la estación" según la frase de usted.

Nuestro maestro, Don Julio Maroto. Entre otras cosas y títulos los fascículos son la historia de dos siglos de vida alcazareña -y muchos hilos y antecedentes mirando al pasado más lejano- nuestra historia casi viva y caliente todavía. El futuro debe tener noticia puntual de Maroto, nuestro gran maestro por derecho y vocación.

Todo un fresco animado y picante es el trabajo sobre la nomenclatura -tan cambiante- de las calles alcazareñas. Están muy bien explicados callejones, callejuelas y rinconadas -a cada cosa su nombre-, su finalidad y su necesidad..., y, en tantos casos, su óbito a manos de la conveniencia o de la ignorancia de los "infieles" de cada época.

EL BALSAMO DEL CURA DE TEMBLEQUE es otra página inolvidable, que diríase rescatada de algún infolio olvidado de Fernando de Rojas, de Cervantes, de Quevedo..., donde se dan muy sutiles toques sobre las reboticas, se cuenta la maravilla del bálsamo y se hacen reflexiones como "los curas y los médicos se han ido separando torpemente".

¡Vaya trabajo el de la curandería local! Con Pablo, Benito, la Mariana, la "Remontona", la Avelina. Lo que más me gusta es que los trata usted muy generosamente, casi con amor y con mucha comprensión, quizá por que sabe mejor que nadie, que, a su modo suelen hacer el bien y en muchos casos están convencidos de su influencia benéfica, aunque haya -no podía faltar- su mucho o su poco de picaresca, por lo demás, picaresca tan lugarera y común a todos, tan española de raíz, rango y prosapia.

Un recuerdo a la antigua reserva de los montes, casi arrasada ya. "MATER DOLOROSA" es una estampa impresionante y patética, digna de que un pincel la perpetuara.

EL PERIODICO DE ALCAZAR. Creo que dice usted todas las razones que ahonan su necesidad. Hace falta ese periódico. He leído despacio su comentario. El "leitmotiv" es diáfano. "Misión educativa trascendente de educación política, sobre todo de conveniencia ciudadana en primer término y de refuerzo de la censura social". "El freno más poderoso para los descarrios". "El periódico de pueblo es distinto a los demás periódicos". Claro que lo es. Ningún medio ajeno de comunicación social conoce ni puede

ocuparse de lo nuestro como nosotros mismos.

Quiero dedicar unas líneas a los dibujos de Gabriel Mata, tan fiel a su tierra y a la obra de usted.

Parece que estos rasgos corresponden a las figuras de Don José Belmonte, de Cartagena y Barco. Muy bien. No podemos, no debemos dudar de lo que firma nuestro muy notable paisano. Estamos seguros que si estos dibujos aparecieran en cualquier revista, los que han conocido los pueblos en el pasado, no dudarían de quienes van en el cochecillo son, inconfundiblemente, el médico y su cochero. Pienso que lo que Mata ha retratado ha sido no ya a Don José, sino a los incontables Don José, Don Enrique, Don Mariano, Don Magdaleno, médicos de una época en que médicos y enfermos vivificaban diariamente la servidumbre y la grandeza del oficio de curar. Del guarda Barco podíamos decir algo semejante. Con la garrota, la banderola y la chapa, ¿cómo dudar que era el guarda del paseo? Del paseo de éste o de aquel lugar, de un paseo a cuyos árboles trepan los chicos en busca del "pan y quesillo", por donde corretean los niños del baberillo y el "pan y chocolate" escasos, donde al atardecer se ven algunas parejas, que a veces se cogen de la mano - ¡oh audacial! - al cobijo de las primeras sombras.

Sin duda que por apasionado y por eterno aprendiz no va conmigo aquello de "en la brevedad está el maestro". Cuando estaba terminando esta carta he recibido el fascículo XLVIII, tan emotivo. Sigue usted la tarea. Gran lección. Le escribiré muy pronto sobre el XLVII y el XLVIII".

Madrid, 1 de Mayo 1981

SUCEDIDOS

Sucedidos de los que oye Arenas en la plaza de su pueblo.

En mayo del año del hambre llegaron dos mocetes a pedir a una casa y dice uno:

—Danos usted un poco pan que no hemos almorzado.

Y le contesta el hombre:

—Porque sois perezosos, que en freir dos tajadas y dos picatostes se tarda poco y ya va uno preparaao.

En una ocasión de aquel tiempo, estaba uno con el periódico del revés y le pregunta otro:

—¿Qué dice el papel?

—Na, lo de todos los días y un carro volcao.

Artes y oficios cambiados

La Gran Vía de Madrid alteró mucho el centro de la capital, pues cualquiera conoce la calle de Leganitos y casi sin rehacerse está cayendo ahora en las mayores adulteraciones.

La calle de San Bernardo, Ancha de San Bernardo se la llamaba siempre, con la Universidad en el centro e infinitas casas de huéspedes, daban carácter a toda ella, aunque las anchuras eran solamente en los extremos, sobre todo a partir del Noviciado.

Por entonces se abrieron los almacenes del Aguila donde ahora está El Corte Inglés y empezaron las confecciones de caballero con tanta discreción que en la calle Ancha solo recuerdo una sastrería casi esquina a la Gran Vía con el nombre flamenco de Retana que conocí mucho después. Ahora, un afortunado recopilador de cosas alcazareñas, Antonio Fernández Cortés, yerno de la Saminona que ya nos trajo una curiosidad del Médico del Pasaje, nos ha traído un anuncio típico de aquellos sastres tan característicos que solían verse rara vez en este sitio y por las calles de la Cruz, Espoz y Mina o Peligros antes de partirla la Gran Vía.

He aquí el anverso de la tarjeta con la lista de precios del dorso.



TARIFA DE PRECIOS

	PESETAS
Capas con todo su vuelo y buen paño a	12
Capas todas las tallas, gran colección para elegir	20
Capas superiores, paño de Béjar	22.50
Capas con paño de las mejores fábricas de España, clase extra superior a	30
Trajes a medida guateados de puro invierno con forros superiores	17.50
Trajes géneros ingleses y alemanes	20
Trajes todo estambre, lo mejor que se fabrica, de	25 a 90
Embozos de capa, grandiosa colección desde	1 el par
Gabanés a medida, hechura inmejorable, con buen forro escocés de abrigo, desde	20
Gabanés azules, última novedad, corte inglés	25
Trajes de levita, chaquet y esmokings, desde	30

¡PARA SEÑORAS!

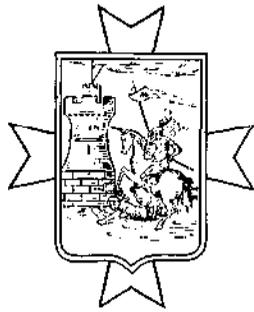
Colección de géneros para capas y levitas a precios baratísimos

NOTA Visiten la exposición de géneros que tenemos expuestos todos los días en la muestra.

¡TODO A LA MEDIDA!

¡TODO GARANTIZADO!

MADRID



Depósito Legal: C. R. 83 - 1961

Imp. VDA. DE MOISES MATA, S. A.
Ferrocarril, 6
Alcázar de San Juan - 1987